

RUBÉN DARÍO

A. DE GILBERT.

SAN SALVADOR

IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA AURORA, 9

1889.



Teodoro Palmaccio Tira.

Sin la importancia que tiene para mí el doloroso asunto á que se contraen las preciosas páginas de este diminuto libro, me consideraría víctima del tenaz capricho de un niño grande voluntarioso y consentido, al verme obligado á trazar las presentes líneas á guisa de prólogo.

Pero he cedido á las exigencias del autor, no tanto por satisfacer su deseo, como por entregarme, aunque no sea más que por un instante, al irresistible ascetismo con que

en todos los momentos dirijo á Chile las preces y alabanzas de mi cordial cariño.

He cedido, no para tributar encomios al libro, que no los necesita, sinó para hacer llegar á la desolada familia del malogrado joven que lo ha inspirado, la expresión en que me hago partícipe de la enormidad de su dolor, y para hacer comprender á su ilustre padre, el actual Presidente de aquella próspera República, que no he olvidado ni lo olvidaré mientras me dure la vida, que tuve la honra de estrechar entre las mías su aristocrática mano y de escuchar complacido las benévolas frases que me dirigía con aquella voz vibrante.

Los libros de Rubén Darío no ne-

cesitan de ningún prólogo, porque en sí mismos llevan la ejecutoria para que ocupen lugar preferente entre las letras selectas. Como poeta original y brillante escritor, ha sido ya ampliamente juzgado con profundidad de criterio é imparcialidad por tres eminentes literatos, como lo han hecho, por su orden cronológico, Eduardo de la Barra, D. Juan Valera y nuestro eximio Francisco Antonio Gavidia.

Rubén Darío en el presente librito no es el mismo escritor que todos conocemos; es el desbordamiento del dolor, de la gratitud y de la admiración; es, en una palabra, la condensación manifiesta de todas las delicadezas del alma de este poeta sublime.

Al diseñar la simpática figura de su amigo—el sabio de 21 años—bien se puede exclamar con el inolvidable Benjamín Vicuña Mackenna, cuando, visitando las ruinas de Pompeya, se le mostraba un niño en la cuna: “¡Oh, cuánta antigüedad en esa infancia!”

Darío, á su vez, puede con la misma angustiosa sinceridad con que yo lo hice al dejar en Chile mis versos de despedida, decir, al referirse á las páginas de su libro: “Las escribo con tinta de mi llanto,” y habrá dicho la verdad.

Sobrada razón ha tenido nuestro amigo, el Encargado de Negocios de Nicaragua y del Salvador en Chile, el ilustrado caballero D. Eduardo Poirier, cuando dice en un ar-

ticulo de LA TRIBUNA: "Estamos ciertos de que mucho antes de que las presentes líneas lleguen á poder del poeta de Nicaragua, este habrá sabido cumplir con su noble amigo, haciendo llegar hasta su recién abierta tumba su ofrenda cariñosa, bajo la forma de sentida y doliente melodía fúnebre"

Dario traza con mano maestra la vida íntima, intelectual, artística y social, de ese niño que se acaba de dormir en el sepulcro, y sin embargo no está satisfecho. Me dice con la voz entrecortada por el dolor: "mucho, muchísimo tendría que decir de él, y en esto sólo me he ocupado de la cabeza y no del corazón de aquella portentosa y privilegiada naturaleza." Pero no es así; es-

tá en un error, porque no hay un solo acto, por insignificante que parezca, de esa cuasi vida que nos pinta á grandes y convulsivos rasgos, en que no se descubra un tesoro de generoso desprendimiento y de bondad sin límites.

Su inconformidad consiste en que no se resigna con el desaparecimiento de su amigo cuya pérdida con tanta justicia lamenta ; no se conforma con que éste haya entrado en la excelsa región de los inmortales, donde hasta antes de su muerte no había serafines. Tiene razón.

Basta de preámbulo : no quiero defraudar á los lectores la satisfacción de ver los brillantes sentimientos estampados en estas cortas páginas. Y ojalá puedan ellas suavizar

la honda tristeza en que está sumida la distinguidísima familia Balmaceda.

JUAN J. CAÑAS.

San Salvador á 4 de Octubre de 1889.



PEDRO BALMAGEDA TORO
(A. DE GILBERT)

AYER mañana al ver llegar al mozo que trae á la hacienda la correspondencia, he tenido un fatal presentimiento. El día gris y triste quizás, ó misteriosas relaciones psíquicas, habían puesto en mi espíritu como una desolación vaga y extraña. Al abrir un paquete encontré un telegrama que causó en mí dolor y estremecimiento. Mi amigo el vie-

jo poeta Cañas me comunicaba que allá en Chile había muerto un amado compañero de trabajo, un hombre joven y brillante que fué mi fraternal amigo, Pedro Balma-
ceda; en el mundo de las letras,
A. DE GILBERT.

Dejo por hoy mis cuadros, mis impresiones de campo, para consagrarme al recuerdo de aquella existencia auroral desvanecida en el misterio. Aquí lloraré solo con mis recuerdos, entre el aliento de la floresta tropical, frente al océano azul, sintiendo de cuando en cuando el rugido sordo y hondo del Izalco que disuelve su nubazón plomiza en el viento. Yo en mi retiro meditaré de duelo.

Para que comprendáis la inten-

alidad de mi pena, preciso es que tengáis en cuenta una amistad profunda y razonada, un mútuo comercio de ideas, una comunicación ardiente y viva de emociones estéticas, un conocimiento recíproco de nuestras dos naturalezas, un aliento siempre mantenedor de nuestras esperanzas. Esas fraternidades que las santas cosas del alma forman, son altísimas é incomparables.

A Balmaceda le conocí recién llegado á Chile, y fué de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa.

Yo trabajaba en *La Época*.
Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los Debates*

un artículo firmado con un pseudónimo que no recuerdo, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas broncos é ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. No pude saber por de pronto quién era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven.

Al poco tiempo, Manuel Rodríguez Mendoza llegó á la Redacción con Pedro Balmaceda. Presentaciones. Charla. Hablando de asuntos de letras, le comuni-

qué mis impresiones respecto al artículo aquel.

—Soy yo! me dijo, con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañera.

Él era en efecto, quien había escrito aquellas páginas admirablemente concebidas.

En esto, las campanas de los cuarteles de bombas sonaron anunciando un incendio. Por las calles, pasaban coches á escape, bomberos de á pié, poniéndose sus cinturones ó sus cascos de bronce. Una de las casas regias de la calle del Ejército Libertador, la mejor de Santiago, era devorada por las llamas. Yo tenía á mi

cargo la crónica del diario, y pedí excusas á mi nuevo amigo, por tener que ir al lugar del suceso. Iremos juntos! me dijo. Enlazados los brazos, bajamos las escaleras.

Él tenía en su conversación mariposcos y transiciones. Había en esto mucho de mujer. A intervalos, la risa vibraba su diapasón:—“Por mi parte, hombre, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt, haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota del buen gusto en los muebles y adornos de salón con plausibles resurrecciones de cosas bellas, y haber presentado á Zola y el desarrollo de la escuela. Qué crees tú?

Pero por lo visto, tú no te fijas. Qué...! Escribiremos un libro hirviente titulado *Champaña....*” Y nos reíamos.

La impresión que produjo en mí el primer cambio de ideas con Balmaceda, fué viva, y hondamente sentida. Hablaba él con lenguaje claro y sus ideas estaban tan de acuerdo con las que yo alimentaba, que desde aquel instante una cadena íntima y radiosa unió nuestros espíritus. En mi memoria veo aún sus gestos convincentes que eran como un apoyo á sus razones. Dijérase que en veces con un movimiento vivaz y penetrante de malicia, subrayaba su frase, pronunciada con aquella voz suya vibrante pero

opaca, como si estuviese la vocalización suavizada por una tela de raso.

Conversamos largamente camino del lugar del incendio y ya estábamos cerca, en medio de la aglomeración de las gentes, frente á las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas; y la cuestión literaria era el objeto de nuestra plática. Apenas si sentíamos los estrujamientos, el hablar confuso de la muchedumbre acompasado por la cadenciosa palpación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz de las bocinas y clarines.

Desde aquella noche fué mi amigo A. de Gilbert.

A. de Gilbert . . . hasta hace poco he sabido que ha existido un poeta francés del mismo nombre. La historia del pseudónimo de Pedro os hará ver, cómo fué adoptado por un simple capricho. Este simple capricho ha hecho que Balmaceda sea más conocido por su pseudónimo que por su verdadero nombre. Al reproducir sus cuentos ha habido diario que recomienda “esos joyeles de uno de los mejores narradores de la Francia.” Un crítico de la Habana aseguró que A. de Gilbert era un estilista modelo, y lo recomendaba á los escritores de allá. Oh, mi querido A. de Gilbert!

Una noche en *La Época* se trataba de poner una firma cualquie-

ra á una crítica del Salón si mal no recuerdo, ó á un cuento. Pedro Balmaceda, el autor, no quería aparecer en las columnas del diario, con su nombre. En la sala de redacción, iluminada por la claridad dorada del gas, nos encontrábamos, el director, Señor Mac Clure, Rodríguez Mendoza, segundo redactor del Diario, y yo, que escribía la crónica del mismo. Aquellas cuartillas llenas de ideas y frases encantadoras, con un estilo que era una novedad, nos hizo pensar mucho en el pseudónimo deseado. Mac Clure y yo propusimos varios, que á la postre no fueron admitidos. Por fin Rodríguez Mendoza, con una gran voz :
— Firmemos GILBERT !

Gilbert, porqué? En ese momento no recordaba yo sino un solo Gilbert, el célebre satírico del siglo XVIII. Y aquellas páginas nada tenían de satírico. Descaba para pseudónimo de Pedro un nombre sonoro, una combinación lírica de letras que algo dijese de quien poseía una tan opulenta imaginación y títulos tan soberbios en la aristocracia del estilo.

—Gilbert á secas? preguntamos, como la Sapho de Daudet á su futuro amante, al comenzar la novela de su amor.

—Con algún agregado. Por ejemplo, A. DE GILBERT. Esto—dijo—es un nombre de escritor francés. ¿Quién más francés que

Pedro, en su modo de escribir, en su aire literario ?

Por la mañana del siguiente día, apareció en *La Época* el artículo de A. DE GILBERT. Aquella firma era un hermoso enigma.

II

HISTORIA DE MIS "ABROJOS"



EN días de gran trabajo y no pocas tristezas, vivíamos Rodríguez Mendoza y yo en dos departamentos del edificio de *La Época*. El bregaba con su pluma de escritor brillante y fuerte, por las ideas políticas del diario, que era, como es, el principal órgano de los monttvaristas. Por el escabroso terreno de esas luchas apasionadas, empezaba á descen-

der al valle de los desengaños. Yo pensaba en mi lejano país, en todas las dulces cosas de la tierra en que se nace, los amigos de la primera edad, las ilusiones en flor, el trópico vibrante y cálido, la cosecha de tristezas en plena primavera de la vida; hasta en las torpezas, cegueras ó infamias que más de una vez llevan á los hombres al destierro voluntario.

Juntos, Manuel y yo, comunicá-bamosnos nuestras penas y nos consolá-bamos con la visión del sol alegre, de la grata esperanza; con la alentadora, serena é ingenua vanidad del que para no caer en la brega, se ase á su alma, y cuenta, en la noche, con el porvenir.

Entonces escribí mis ABROJOS, de los cuales Pedro Balmaceda fué el entusiasta y bravo editor.

Pedro vió en ellos la expresión sincera y profunda de una desolación íntima y verdadera, de una amargura experimentada; me hizo el bien de no confundir mis versos de mi alma, con tantos arranques quejumbrosos, ó blasfemias estúpidas que por ahí han florecido como yerbas malas, que pretenden en el jardín de las letras el mismo jarrón que los vergissmeinnicht y rosas espinosas de Heine, ó los desfallecientes lirios y campanillas azules de Gustavo Becquer.

Sí, mis ABROJOS, “vívidos”, por decir así, eran desahogos. En

cuanto al procedimiento técnico, nacieron de las HUMORADAS de Campoamor, y, sobre todo, de las SAETAS de Leopoldo Cano.

En el prólogo de ellos, he dicho ya cómo nacieron. Los escribía sin plan, sin relación ninguna de unos con otros. Eran recuerdos, ideas que dejaba,

descoculó, antimelódico,
en el margen de un periódico,
ó en un trozo de papel.

Pedro los hizo imprimir en casa de Jover. Hasta entonces, nunca había aparecido en los escaparates y vidrieras edición chilena de versos más artística ni más lujosa que aquella.

El libro fué bien recibido, y el artículo de Pedro, mi querido e-

ditor, el mejor de todos los que trataron del asunto, y uno de los más lindos cincelados por aquel orfebrero de la literatura, fascinador en su rara policromía de la palabra.

Si Pedro no hubiese publicado el libro, los ABROJOS no habrían sido conocidos. Yo no quería que viesen la luz del público por más de una razón. El libro adolece de defectos, y aun entonces, no estaba yo satisfecho de él. Como primer libro, como tarjeta de entrada á la vida literaria de Santiago, no era muy á propósito. Ante todo, hay en él un escepticismo y una negra desolación, que si es cierto que eran verdaderos, eran obra del momento. Dudar

de Dios, de la virtud, del bien, cuando aún se está en la aurora, no. Si lo que creemos puro lo encontramos manchado, si la mano que juzgamos amistosa nos hierre ó nos enloda; si enamorados de la luz, de lo santo, de lo idal, nos encontramos frente á la cloaca; si las miserias sociales nos producen el terror de la vergüenza; si el hermano calumnia al hermano, si el hijo insulta al padre, si la madre vende á la hija, si la garra triunfa sobre el ala, si las estrellas tiemblan arriba por el infierno de abajo . . . truenos de Dios! ahí estáis para purificarlo todo, para despertar á los alestargados, para anunciar los rayos de la justicia.

Pedro, en su delicadísimo artículo, en que el cariño guía la pluma, llama á los ABROJOS “el libro de Job de la Adolescencia”.

Hoy, por más que los desengaños han destruido muchas de mis ilusiones, adorador de Dios, hermano de los hombres, amante de las mujeres, pongo mi alma bajo mi esperanza.

Maintenant, je voit l'aube....

L'aube! c'est l'esperance!

Al son de la gloriosa música del arpa, me quedo con David.

III

PEDRO EN LA INTIMIDAD

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar á la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba a ver con frecuencia: á leer, á "hacer onces", en el día; á tomar el té, en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, á la izquierda, — al pie de la cual se paseaba un gra-

Mis relaciones con Pedro aumentaban cada día más, hasta llegar á la intimidad. Nos visitábamos. Yo le iba á ver con frecuencia; á leer, á “hacer onces”, en el día; á tomar el té, en la noche.

Entrando por la puerta principal al Palacio de la Moneda, se subía una escalera, á la izquierda,—al pié de la cual se paseaba un gra-

nadero, el arma al brazo,—se iba rectamente pasando frente á la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía á la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, á unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mi fé!; pero que no satisfacía á su dueño. Él era apasionado por los bibelots curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japonerías, por los broncees, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan á conocer en un recinto cuyo

es el poseedor y cuál su gusto. Paréceme ver aún, á la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y un perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de la mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su sua-

ve aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre estos, llamando la vista, el de D. Carlos de Borbón, vestido de huaso chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fué á pagarle la visita que aquel hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, á su paso por Santiago. En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la NOUVELLE REVUE y la REVUE DE DEUX MONDES. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, es-

tiraba su cuello inmóvil, hieráticamente. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba á las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba á una pequeña alcoba.

Junto á esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadro de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En le-

tras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios bibelots, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas.

No olvidaré en toda mi vida— porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón,— las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras. El té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa Juventud nos cubría con sus alas rosadas, la charla desbordante, hacía tin-

tinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el confort, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; á veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: “Ya es hora de que te duermas.” Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos; y más de una vez, á eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de la Moneda dando paso á dos personas. El fiel y viejo sirviente de la casa iba á acompañarme, allá

lejos, á donde yo vivía, á la calle de Nataniel!

Oh, cuántas veces en aquel cuarto, en aquellas heladas noches, él y yo, los dos soñadores, unidos por un afecto razonado y hondo, nos entregábamos al mundo de nuestros castillos aéreos! Iríamos á París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendes; le preguntaríamos á éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos á Renán en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madama Adam; y escribiríamos libros franceses! eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emile Bayard, ó

del ex-chileno Santiago Arcòs. . . Y bien, ¿qué título llevaría el libro? Ante todo el estilo. No es cierto, hombre? Iríamos luego á Italia, y á España. Y luego, ¿porqué no? un viaje al bello Oriente, á la China, al Japón, á la India, á ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquella en que vivió Pierre Loti; y, vestidos de seda, más allá, pasaríamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante. . . Pedro de pronto lanzaba una gran carcajada: —“Y haríamos ¿no es así? lo de Tartarín de Tarascón!”

Dios mío! y esto fué ayer no más, y él ha partido, y ocupa el

negro hueco de una tumba, y yo estoy ahora llorando por él en un campo lejano de mi tierra de Centro-América, con el alma dolorida y pensando en que él fué para mí como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño!

Él también sufría, mi pobre y amado amigo. Su alma sideral y luminosa flotaba en su dolor profundo como una estrella en la sombra. Como águila mal enjaulada, ha roto á golpes de pico y ala su cárcel estrecha, y ha tendido el vuelo para Dios!

IV

EL ARTISTA

El gran artista nos ha arre-
batado la muerte!

El amaba las hermosuras del
buen tiempo viejo, las diosas blan-
cas de mármol, los héroes epicos,
los brazos desnudos sobre la flotante
vestimenta, los apolos rubios y
las castas diosas. No sabia la
lengua griega, pero se aficionaba
a ella, y habria dado algunas fe-
lices horas de su vida, por ver la

QUÉ gran artista nos ha arrebatado la muerte!

Él amaba las hermosuras del buen tiempo viejo, las diosas blancas de mármol, los héroes épicos, los brazos desnudos sobre la flotante vestimenta, los apolos rubios y las castas dianas. No sabía la lengua griega, pero se aficionaba á ella, y habría dado algunas felices horas de su vida, por leer la

vasta Iliada en los antiguos exámetros homéricos. Gustaba de todas las pompas, de aquella trinidad de cosas de que gustaba Gautier. Su idea, joven y gallarda como una princesa, marchaba á paso real bajo un baldoquino bordado de oro, y en la huélla de sus sandalias florecían rosas.

Él era el desposado del ensueño, como un dux con su adriático, y desde su soberbio bucentauro ideal, arrojaba en arras, á las sagradas ondas, su propio corazón.

Todas las manifestaciones de la belleza conmovían su espíritu; la pasión estética le subyugaba. Poesía, música, pintura, escultura, todo lo que toca al alma y al

gusto, tenían en aquel cerebro una percepción especial que las com-
penetraba y comprendía. Sin ha-
ber visitado un solo museo céle-
bre de Europa, y solo por el co-
nocimiento de las obras de méri-
to que hay en Santiago, y por el
estudio de los mejores críticos, él
fué el más brillante de todos los
de arte, en su país. Parece al
leer sus pocos artículos de este
género que ha dejado, como si no
tuviesen para él secretos las pina-
cotecas. Conocía eso sí, y anali-
zaba para llenar su tarea, todos
los juicios de los escritores autori-
zados, comenzando con las prime-
ras obras de crítica artística fran-
cesa, pasando por la *Gramática*
de Carlos Blanc, por Gautier, por

Musset y Saint Victor, hasta los contemporáneos, hasta ese actual y duro criterio que encarna Alberto Wolff. Así del Salón de Santiago, recuerdo estudios muy buenos, publicados en diversos diarios y revistas, entre ellos los de Vicente Grez y uno del anciano Lastarria; pero ningunos más llamativos, más pintorescos, más satisfactorios que los de A. de Gilbert.

En sus revistas teatrales era menos feliz; es cierto que eran escritas al galope, á vuela pluma, á veces en la misma noche de una representación, para el diario del siguiente día.

Era muy amigo del escultor Plaza, y aun creo que éste hizo

su medallón. Plaza es ese vigoroso talento que ha producido el *Caupolicán* y el *Jugador de Chueca*, estatuas magistrales, honra del arte Americano. Plaza, á quien la suerte no ha favorecido, y está empeñada en no favorecer, pero que también tiene espíritu robusto y espaldas de telamón atlántico, para resistir, se captó el cariño y estimación de Pedro, quien hizo todo lo que pudo por ayudar en su labor llena de luchas y desgracias, al aplaudido estatuario. Pedro le visitaba en su taller. Sentía placer en ir á ver al artista que encontraba con su delantal y sus manos llenas de greda, su aire modesto; entre mármoles y yesos, terracotas y broncees

barros húmedos aún, cubiertos de paños; aquí una copia polvosa de la Victoria Apta, un friso, una máscara, desnudeces venusinas; no lejos, montes de metal para las fundiciones, un andamio, y algún mutilado perro de arcilla pintada, ú otra de esas bestias al vivo que la industria pone al frente de las obras de arte, que los salones burgueses adquieren, y que á Plaza quizá habían mandado para que lo remendase. . . . á él, por Dios, que hizo con sus manos los senos de su *Susana*, y repujó con su cincel audaz la carne de metal y los músculos hinchados de su gran Toqui araucano!

Pedro admiraba al trabajador plástico, se fijaba en sus gestos,

sus posturas, en el juego de zarpas de león de aquellos dedos creadores. Se extasiaba en ver aparecer la forma preconcebida, la redondez, la angulosidad, y se complacía especialmente en los golpes osados, en los toques rápidos, que cuando son obra de las impaciencias del genio, del paso del “dios”, producen las maravillas y los efectos que causan admiración.

O ya le veía con los fierros en las manos; debastando los bloques, dando esos golpes que resuenan metálicos y armoniosos como los versos, y de la piedra bronca recién llegada de la cantera, haciendo brotar la esplendidez de las formas, toda una generación marmorea, de héroes, de

dioses y de hombres. Entonces, soñaba ya Pedro en buscarse un buen trozo de mármol, y sin sujetarse, por supuesto, á estudios, á lecciones preparatorias, crear una cabeza bella de mujer, ó la faz de un Abraham ó de un Homero.

También quería ser pintor; comenzaba un trabajo cualquiera, y luego, impaciente, le dejaba. Pero buscaba á todos los pintores, les visitaba, se procuraba obras de buenas firmas, asistía desde lejos al Salón de París, y cuando llegaba el tiempo del de Santiago, él estaba en campaña. Aplaudía lo bueno; con lo mediocre, era implacable.

Pero, después del arte de la pa-

labra, por su sensibilidad exquisita, lo que más influía en su ánimo, era la música.

Con pocas lecciones, ya intentaba tocar de Chopín. Chopín, su predilecto, el admirable mago de la nota, con sus frases temblorosas y emocionadas; Chopín: bajo el palio constelado de la noche serena, va con tranquilo vuelo un angel pálido.

Tenía Pedro una amiga que era como él adoradora del músico polaco. Una joven, casi una niña, talvez un ángel, quizá el espíritu más artístico y delicado de toda la ciudad de los palacios. Él la amaba fraternalmente como á una angelical alma, compañera de la suya. La visitaba todos los días;

ella le tocaba de Chopín; y aquella dama de ojos llenos de luz y de enigmas, calmó con sus melodías, más de una amarga pena en el pecho de su amigo enfermo.

Un día, en el precioso *chalet* que la familia Balmaceda poseé en Viña del Mar, Pedro me dijo: necesito que me hagas un madrigal, cuatro versos, una flor que llevar á mi amiga. Ella se llamaba Rosa. Yo no la conocía.—Describe-la, le dije. Él me mostró una fotografía de ella y le animó con sus frases, como un dios con su aliento. Yo llené sus deseos escribiendo lo siguiente:

ROSA

Mujer, flor. La mejilla
sonrosada es gemela

del pétalo, do brilla
la gota de rocío que se encula
entre los rayos de la luz. La boca
fresca, es el cáliz donde se halla preso
en tibio nido de perfume, el beso.
Alba! la luz adorna
esta rosa aromada y sensitiva.
Oh amor! Tu eres la aurora
que bañará de luz esta flor viva.

De esta manera en su estilo de escritor él era lleno de poesía, de forma, de color, de don melódico. Su inspiración primaveral soltaba al aire bandadas de pájaros alegres y de libelulas irisadas. Hay frases suyas que son búcaros de violetas, jarras de lilas nuevas. Poseía cristalizaciones lapidarias que hacía temblar al sol; y en una comparación, burilaba un camafeo. A las veces, un centauro joven iba al campo florido á coronarse de rosas, bajo el folla-

je de los laureles. Entonces veis en el período del cuento, una gallardía de expresión, un modo de decir las cosas gentilmente peregrino en nuestra lengua. El cuento, este género sutil y peligroso, era para él fácil, y lo abordaba magníficamente. Y he ahí, ese hombre joven, rico, hijo del Presidente de la República, que escribe cuentos admirables, que deshoja margaritas y hace ramos de blancas clemátides olorosas, en vez de darse de lleno al negocio, á las tareas bursátiles, ocupación principal de casi todos los de su clase, en aquel país lleno de riqueza, tan á propósito para el placer; héle ahí, pues, prefiriendo la conversación de un artista pobre, la

tarea de expresar su pensamiento en las cuartillas de papel, ó la deliciosa fruición de desflorar las páginas de un libro nuevo, á andar brazo á brazo con los sportmen, á apostar dinero á las patas de un caballo, ó á gozar con los placeres elegantes de un five o'clock tea!

UN AMOR

UN AMOR

NO sé si UN AMOR llante compañero, una de esas pasiones dominadoras que consumen, no sé que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. — Él murió a los 21 años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso. Tuvo sí un amor, un amor verdadero, del cual yo fui su confidente.

No sé si tuvo mi brillante compañero una de esas pasiones dominadoras que consumen, no sé que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. Él murió á los 21 años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas á lo desconocido y misterioso. Tuvo sí un amor, un amor verdadero, del cual yo fuí su confidente.

En la Ville de París, en un gabinete en que se apartan las cosas escogidas, lejos de todos los vulgares objetos de bric-a-brac, había un adorable busto de tierra cocida que á la vista semejaba un bronce. Era una Bianca Capello, tierna como si estuviese viva, con frente cándida que pedía el nimbo, y labios de donde estaba para emerger un beso apasionado, ó un femenino arrullo columbino. Se destacaba la cabeza morena sobre el fondo de un cortinaje de brocatel ornado á franjas de plata y seda ocre oriental. Bianca era la amada de Pedro. Allí la íbamos á ver. Él le hacía frases galantes. “Mi novia”, me decía. Un día me recibió con estas pala-

bras de gozo : “ Por fin la tengo ! ”
En efecto, Bianca adornaba ya,
en puesto de honor, el salón prin-
cipal de la familia. Me entriste-
cería ver ahora la faz enigmática
y apacible de la viuda de Pigma-
lión.

VI

AT HOME

EL palacio de la Moneda es un edificio colonial de construcción solidísima y sencilla. Sus gruesos muros parecen haber sido levantados para durar siglos. Está situado en el centro de la población, no lejos de la Alameda. Frente á él se halla el cuartel de Granaderos, y entre ambos, se levanta la estatua del gran Diego Portales. Varias tardes de la se-

mana, una de las bandas toca cerca de la morada presidencial. Entonces hay gran concurrencia en los alrededores. Por lo demás, todos los días, después de las horas de movimiento en las oficinas, es este uno de los lugares menos concurridos de la capital chilena.

Las habitaciones particulares del Presidente quedan á la izquierda del edificio. Así mismo el despacho del mismo, y el gran salón de recepciones. En todo hay un lujo magnífico y severo. El Presidente Balmaceda *at home*, sería un tema digno de un conde Paul Vasili. Habría mucho que decir de ese hombre superior, jefe de una grandiosa nación y de una noble y ejemplar familia. A. DE

GILBERT llevaba en la sangre el germen del talento. El señor Balmaceda, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que poseé, es un literato y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción; la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado é imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica á la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno.

La señora Toro de Balmaceda es una ilustre dama, descendiente

de los condes de la Conquista; lustre de su hogar, inteligencia bien cultivada y dechado de esposas. Perlas de la casa, tres niñas, Julia, Elisa y María. Y varones que perpetuen el apellido, dos todavía en edad tierna.

Pedro amaba mucho su familia. Débil y enfermo, ella le rodeaba de cuidados y procuraba á aquella ave intranquila un nido de oro.

Al amor del hogar se endulzaban sus angustias, y tenía horas de verdadera felicidad. Entre sus amigos, cuando no conversaba, cantaba en baja voz algún aire favorito. A veces se aparecía, vivaz y de hermosos ojos, el pequeño Manuel, uno de sus hermanos. Era el predilecto de Pe-

dro. Este niño grande gozaba con la mirada y la ternura de aquella infancia. A través de los vidrios se veían pasar juntas como dos palomas, dos niñas dulces y pálidas, Julia y Elisa. Una ocasión, hallándose don Carlos en Santiago, me mostró Pedro el album de Elisa:—Y bien! Tú que tienes humos monárquicos, date el lujo de escribir tu firma después de la de un rey!

Don Carlos había dejado en el album un delicado pensamiento. Antes que el príncipe habían escrito solo dos personas; el ilustre padre de la niña, que puso en la primer hoja del libro una página de su corazón, y el poeta Guillermo Matta, que había rimado un

hermoso soneto. Con cierta justificada vanidad por penetrar en tan honrosa y noble compañía á aquel jardín dedicado á un ángel, yo dejé mi ofrenda. Escribí *La lira de siete cuerdas*, versos inéditos hasta ahora, de los cuales no recuerdo sino una estrofa;

Has de saber Elisa

Que este mundo y el cielo valen nada,

Ante el mundo que forma tu sonrisa,

Y ante el cielo que crea tu mirada.

“Mucho quiero á mis hermanitos”. En boca de Pedro estas palabras me llenaban de envidia. A mí, que no he sabido, ay, nunca, lo que son esas inefables delicias, bajo el techo paternal!

VII

SUS AMIGOS

AMIGOS de intimidad, tenía pocos, y de éstos, escojía á aquellos que más cuadraban á sus inclinaciones, que pensaban como él, que fuesen de la comunidad de los que buscan el viejo laurel verde! Jamás hablamos de religión, y por eso ignoro sus opiniones á este respecto. Pero el espiritualismo que manifiesta en todas sus obras, es de los más pu-

ros y halagadores. Además, uno de sus mejores amigos, era un ilustrísimo personaje, honra actual de la iglesia chilena, quien llevó el aliento de su santo ministerio en medio del fragor y del humo de las batallas en la sangrienta guerra del Pacífico.

Otra persona que frecuentaba la morada de Pedro era un distinguido militar, famoso por ser uno de los bravos pacificadores de los indios araucanos. Mi amigo se engreía narrando á este propósito muchas curiosas anécdotas y se preciaba de saber algo la lengua primitiva de los hijos de "Arauco no domado". Contábame de cómo los caciques están tendidos en sus rucas, como señores perezoso-

sos, en tanto que sus hembras trabajan; cómo aman su caballo rápido de cabos sólidos; cómo los que están ya subyugados, cuando algo tienen que pedir al Jefe de la República, van á Santiago con sus trajes extraños; cómo no se quitan el sombrero delante de nada ni de nadie, como dice el profeta yankee Walt Whitman que hace él; cómo tratan de tú al Presidente; cómo en sus creencias tienen la de la dualidad divina, un Ormuz y un Arhiman, y cómo cuando supieron que Chile estaba en guerra, fueron á ofrecerse para defensa de la tierra patria, montados en sus caballerías, con sus lanzas salvajes y sus gestos foscos, quinientos mocetones.

Algunas veces visitábale un joven á quien él estimaba mucho, que había sido su amigo desde la infancia. Era el hijo mayor del conde Fabio Sanminatelli; ilustrado, serio, afable, se hacía apreciar desde el primer momento. Era Secretario de la Legación de Italia. Pedro se hacía lenguas en su alabanza. Los demás eran jóvenes de la prensa, artistas, y rara vez, uno que otro *muscadin* de los salones, con quienes él, flexible en su ingenio, conversaba también de modas, bailes y caballos.

Eran de su confianza, Carlos Eguiluz, antiguo secretario de su padre, joven de buen criterio, carácter amable, muy versado en la

literatura francesa, y que, en los escasos momentos que su ocupación le dejaba libre, iba á la conocida pieza de su amigo á tener descanso y charla. Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero en *La Época*, que dejaba oír en aquel recinto sus ocurrencias, sus juicios implacables, sus hipóboles, sus risas burlescas, y sus frases gráficas como una caricatura de Caran d'Ache. El poeta Tondreau, que llegaba poco; y tocaba el piano ó leía versos; Luis Orrego Luco, uno de los *jeunes* de más talento y mejor estilo; un joven pintor, cuyo nombre no recuerdo y que á la hora en que escribo debe estar en Europa perfeccionándose en su arte; Alfre-

do Irarrazaval, poeta satírico y mozo de espíritu alegre, que habla como escribe, con la diferencia de que quizá le cuesta más conversar que derramar versos picantes y fáciles; y un poeta que nunca iba á verle, pero que altamente le comprendía y admiraba, Pedro Nolasco Prendez, cantor de vuelo de condor, de versos robustos y valientes, cuyo fogoso Pegaso si á veces toca la tierra con sus cascos, siempre tiende hacia las altas cumbres, y tiene líricas crines ondeantes, y bello lleno de espumas épicas.

Pedro era con todos amable y charlador, y á él todos le querían.

VIII

RECUERDOS



LAS inclinaciones literarias de Pedro se dieron á conocer en él desde muy temprano. Al alba despertaron las alondras. Si no me equivoco en mis memorias, recibió su primera educación en un colegio de religiosos franceses, establecido en Santiago. Ahí, en medio de las tareas fastidiosas que hacen ver con malos ojos al señor profesor, y entre las farandolas y

algarabías de las horas de recreo, concibió,—el pequeño que apenas si sabría declinar,—la idea de escribir “ un gran drama de príncipes, reyes y traidores, cuya escena pasaba en Dinamarca. ” Fijaos en este detalle y en esta coincidencia, lisonjera en extremo para el niño que no había leído á Shakespeare.

La fama de su padre, el medio en que se desarrollaba, su temperamento en fin, todo contribuyó á que se vigorizasen en él sus tendencias, á lanzarle en pleno cielo azul.

Tenía, alma superior, la necesidad de la lectura y el don del gusto. Así se depuraba y pulía cada día más con el trato de los hombres de letras, con la atmósfera de

cultura de los salones de su casa.

Y creció con rapidez, y si la muerte no nos le arrebatara, su gloria en tiempo no lejano habría regocijado á la humanidad.

En las tardes de primavera, cuando aun el otoño con sus melancolías grises, acaba de desaparecer, y los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbráramos ir al parque Cousiño, á proseguir nuestra incorregible tarea de soñar y divagar. Íbamos en uno de esos coches que allá nombran “americanos,” cerrados, mas con vidrios que dejan campo á la vista por todos sus cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso á paso. Cada vez en el viaje tenía-

mos cuadros é impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeuntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hojalata en la cabeza, cada cual canturriando su melopea especial; un fraile, *rara avis*, los brazos cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites; un florero que ofrece sus ramos frescos; ó allá, siguiendo por la calle del Ejército libertador, la fachada de las casas ricas; los carruajes particulares á las puertas; las lindas damas apenas entrevistas en las rejas, ó en los peristilos y entradas de los palacetes.

Y entre todos estos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable, con su entrada elegante, sus alrededores floridos, sus *panneaux* pintados por Clairin, sus retretes que nada tienen que envidiar á un interior parisense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, soberbio desnudo inestimable. Y así, yendo á lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta á una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos á las puertas del parque.

A lo lejos, veíamos la cordillera de los Andes, y más cerca, los cerros que coronados de nieve, semejaban, según una ocurrencia

de Pedro, “una gran mermelada espolvoreada con azúcar.” El parque, cuyo nombre viene de haber sido este sitio cedido á la municipalidad por el millonario D. Luis Cousiño, es uno de los mejores paseos de la populosa capital. Largas avenidas, calles amplias para la circulación de los carruajes, una extensa “pampa” donde se dan las grandes revistas militares; arboledas variadas, jardines poblados de flores, en que resaltan manchas de primulas, grupos de rhododendros y de ciclamos carmesíes primaverales, flordelisados cándidos sobre fondos verdosos, explosiones rojas de peonías apiñadas, y entre sus cercos de esmeralda, largas filas de

violetas, en sus palacios trémulos que mueve el aire y recortan las tijeras de los jardineros. Aquí están las glorietas cubiertas de madreselvas y de campánulas; allá, frente al café donde se detienen los paseantes para invadir las mesas y los kioskos, la laguna con sus barcazas, los puentes curvos y rústicos, los sauces de largas barbas verdes como los árboles de aquella floresta de la *Evangelina*, y los móviles peces rojos que forman remolinos sangrientos en las aguas glaucas.

Caminábamos, reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con

el clarión un pintor esboza en tela, aquella página diáfana del *Camino del Sol*, y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta.

Ah, sí! su espíritu mariposeaba, flotaba; iba poseído de un anhelo casi místico, á besar estremecido los labios de púrpura de las centifolias, á sorprender las cópulas misteriosas en los cálices perfumados; visitaba las penumbras y frescores eclógicos; y así os explicaría cómo en sus páginas se perciben aromas penetrantes, estallidos de capullos, tibiczas de nidos. A veces, un simple cuadro común era la oruga de un cuento irisado.

IX

ESCUELA LITERARIA

UN día le encontré desilusionado por su estilo. “No! no es eso lo que yo deseo. Basta de novelitas de Mèndes, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén, eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos á Taine ante todo. Nada de naturalismo. Aquí tengo á Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia.

Caro el francés y Valera el español servirán de mucho. Déjate de pájaros azules. Yo por mi parte, estoy escribiendo un estudio serio en que abandono *mi estilo primitivo*, sobre el tema que ha propuesto la Universidad, LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORÁNEA. Y pienso sacarme el premio”.

Su “estilo primitivo” era aquella gentil frescura de sus primeros cuentos.

Yo quise persuadirle de que no arrojase su clámide para vestir el levitón del precepto. Sé artista, no quieras ser sabio. Pinta, cincela. Al poco tiempo la memoria para el certamen universitario estaba concluida. En ella daba á entender algo de su credo lite-

rario, al par que estudiaba el difícil asunto de la novela contemporánea. A pesar de que quiso escribir con la manera correcta y sería de ciertos críticos preceptistas, de tanto en tanto deja ver á través del traje con que se presenta, su manto de príncipe oriental y las empuñaduras de pedrería de sus armas de oro.

¿Podrá la novela social contemporánea servir en lo futuro de información histórica?

Este es el tema que desarrolla y cuya solución manifiesta magistralmente, después de recorrer en revista un tanto detenida las diversas escuelas que hoy existen en el terreno de la novela.

Mirad cómo escribía mi buen hermano :

LA NOVELA SOCIAL CONTEMPORANEA

I

Hay temas en el mundo de las ideas, de los hechos y de los sentimientos dominantes de una época, que tienen especial atractivo, pues se presentan á primera vista definidos, y aun con ancho campo de estudio; pero de ese estudio fácil, ligero, de palabras, en el cual pueden hacerse desfilar todas las gracias brillantes de la imaginación; estudios que son torneos de ingenio, donde luchan las frases con hermosos vocablos y en giros variados y especiales; feria artística, en fin, que da ocasión para exhibir los encantos exteriores, las con-

cepciones ideales y un realismo deslumbrador.

Esta es la impresión que generalmente producen los problemas que ofrece la novela social contemporánea.

Analizando, sin embargo, el cuadro de estudio que ofrece la novela, se ve cómo disminuye el atractivo, cómo nacen las cuestiones sociales, cómo disputan entre sí las escuelas literarias, cómo la belleza no es la simple apreciación de la forma, sino también el estudio de ella, según las teorías de la estética; y así, donde apenas se encontraba un paisaje que recreara la vista, surge una serie de proposiciones, que para resolverlas, requiere conocimientos y estudios anteriores que faciliten la resolución del problema.

Por mucha preparación que se ten-

ga para emprender este estudio, siempre se encontrarán dificultades que nacen de una cuestión compleja, y que presenta tan diversas faces, necesitando cada una de ellas especial atención.

¿Podrá la novela social contemporánea servir en lo futuro á la información histórica?

Se puede afirmar que hay diversas escuelas, que emplean distintos procedimientos para escribir la historia, y que igual cosa sucede con la novela.

Si tomamos una sola de estas escuelas, si consideramos una sola faz de la cuestión, este examen sería incompleto por carecer de los requisitos necesarios y por la deficiencia de datos que suministra.

Si se agrega todavía, que dado el desarrollo que han tomado la socio-

logía, la psicología, las ciencias experimentales, la medicina y muy en especial la fisiología, que es uno de los elementos que más contribuye para la apreciación exacta del temperamento de las personas, el estudio de caracteres y las variaciones constantes que los hombres sufren en los altos de la vida diaria; tendremos que es muy difícil reconcentrar en un pequeño bosquejo, todas estas ideas; analizarlas aunque sea á la ligera; comparar el sistema filosófico de la historia, el modo de escribirla y llegar á una conclusión dada, sea esta afirmativa ó adversa á la proposición que se estudia.

Un tema de esta especie, que en unas cuantas palabras encierra toda una importante cuestión de historia y de crítica literaria, no es posible resolverlo en los estrechos límites de

un estudio compendiado, para el cual, si se pidiesen las líneas generales del problema, no sería dable exigir nombres de autores, ni análisis detenidos de sus obras ó de su influencia en el campo de la propaganda artística, puesto que todas estas cuestiones, extensa y minuciosamente tratadas en libros de gran valía, no tendrían mérito alguno al ser reproducidas, citando á cada paso lo que sobre cada materia especial piensa éste ó aquel escritor distinguido.

Imagino que en todas las cuestiones, donde además de la fecha y el documento histórico, se pueden emitir conceptos propios y traer deducciones originales, deben aceptarse, antes que el lujo de erudición y la confrontación de datos, las teorías avanzadas en la discusión y el método empleado en estas disertaciones.

II

Domina en el terreno literario una teoría, que desde tiempo atrás viene luchando esforzadamente por conquistar el cetro de la belleza, por dominar las creaciones del arte; teoría revolucionaria, que á la vez que es el resultado de una serie de esfuerzos, significa el triunfo de la idea moderna; corriente de la civilización que arrastra á su paso las estátuas del paganismo, las Venus y los Apolos de mármol, las tragedias clásicas de Racine, y las lágrimas cinceladas de la escuela romántica.

De todas las manifestaciones del arte literario, ninguna como la novela ha sufrido esta influencia de olvido por las antiguas tradiciones.

Sistemas, procedimientos, escuelas, medios de acción, todo ha cambiado,

todo tiene un valor distinto; ha sido esta evolución literaria, un gran ensanchamiento de facultades, por decirlo así, el descubrimiento de los músculos de la pasión, la práctica al desnudo de todos los sentimientos, la disección de los espíritus en el anfiteatro de las miserias humanas.

La investigación científica, los hombres observados íntimamente en sus relaciones con la sociedad, la última fibra del corazón que sufre el análisis de la fisiología, el mundo, que antes había sido el invencible minotauro de Creta, desmenuzado y sufriendo el juicio de los novelistas; todas las gerarquías sociales, el Nabal y el obrero; todas las tristezas y los misterios de la desgracia, todas las depravaciones, todas las caídas, los grandes caracteres y los corazones elevados, si se les reduce á ele-

mentos que disuelve la observación, el hombre de genio los aprovecha para sus creaciones, que generaliza el historiador formando la narración de los pueblos y las rudas epopeyas del trabajo.

Esta escuela—la escuela realista que ha existido en estado latente desde mucho tiempo atrás,—ha llegado á un período de gran desarrollo, puesto que no solo en literatura dominan sus doctrinas, sinó que también la pintura y la música sufren los mismos cambios y las mismas transiciones.

La novela refleja en la actualidad estas luchas y los triunfos del realismo. Esta evolución ha venido produciéndose lentamente, al través de los años, y edificando sus teorías sobre las ruinas de las viejas deidades literarias.

Este movimiento es nuevo, y fácil será encontrar su origen en las disenciones de la escuela clásica y la gloria moribunda del romanticismo.

III

La revolución de 1833, que en Francia, no sólo fué civil y política, sino también alcanzó á la sociedad y á las letras, es el punto de partida de la escuela realista.

Aquella época, en que surgieron grandes ideales literarios, en que se luchaba cuerpo á cuerpo por una fórmula cualquiera del drama ó de la poesía; en que los hombres íntimamente preocupados, más que de encontrar la forma de gobierno, de engrandecer el siglo con sus producciones intelectuales; en que se descuidaba al pueblo olvidando su pobreza,

para darle torneos de sabiduría y luchas colosales del pensamiento; en que todas las necesidades de la vida se encerraban en el triunfo de la belleza; en aquella época en que el pueblo francés veía flaquear sus instituciones, y, á ejemplo de Arquímedes, recibía la muerte preocupado de un problema de geometría, no tiene igual en la historia de las revoluciones, y presenta el curioso espectáculo de un puñado de hombres que se batían por la libertad de la idea literaria, confundiendo en esta idea al país y sus hábitos sociales.

En Francia todo movimiento, sea éste literario ó civil, ha tenido el carácter de una revolución.

Surgió la escuela romántica con Víctor Hugo, sin sujeciones ni tiranías, francamente hermosa, llena de defectos, con todas las condiciones de la

juventud, expansiva y arrebatadora, pero que solo gustaba de una faz de la belleza,—de lo ideal; que solo concebía portentos, tiranos miserables ó lacayos heroicos; empapada en las leyes del sacrificio, místicamente voluptuosa, y que creía en Dios porque no existía Júpiter.

Así Teófilo Gautier era el gran soñador de la escuela; escéptico, imaginaba novelas como *Mademoiselle de Maupín* ó como *Fortunio* ó *Spirita*, que son la negación de la vida real, pero absurdamente hermosas.

Se trataba de regenerar la sociedad con utopias de frases; de encontrar el cielo abandonándose á especulaciones ideales ó sorprendiendo á Dios en un rincón de la naturaleza.

El triunfo de la frase trajo el triunfo de la idea.

Hablando Revilla de las transfor-

maciones de la historia, dice: “Hay una ley inflexible que rige la historia entera, y con arreglo á la cual *todo apogeo es seguido de decadencia*; toda institución y toda manifestación de la actividad humana, decaen cuando se agota el ideal histórico en que por algún tiempo se inspiran, y á toda acción corresponde una reacción en sentido contrario.”

Esta ley constante que explica las diversas formas de gobierno que se han sucedido en todas las naciones y el descrédito en que caen ciertos ideales políticos, no es extraño á los movimientos que se operan en literatura.

La escuela romántica fué perdiendo su prestigio, y aunque se reconocía el talento de sus iniciadores, una languidez involuntaria sucedió á su apogeo; la transición no se hizo es-

perar, surgiendo de entre los escombros personalidades como Balzac, los Goncourt y Flaubert, que son considerados, hoy día, como los apóstoles del realismo.

Nos ocuparemos primeramente de Balzac, que en la *Comedia humana* ha planteado el estudio de los caracteres, de las pasiones, de las necesidades del individuo; para demostrar el modo cómo la vida se ve influenciada por el medio en que nace el hombre, el círculo en que se desarrolla su espíritu, la lucha constante del trabajo, y esos mil elementos desconocidos que contribuyen á formar el corazón, y que sin ellos, no podrían comprenderse las acciones ni los móviles que impulsan á la sociedad.

Balzac nació en un medio desgraciado.

Falto de recursos y siempre en contradicción con sus deseos, formó su carácter y el de sus obras, las cuales están llenas de observaciones, de detalles en que se toma la fisonomía del personaje, su índole y su inclinación; siempre en lucha con la sociedad, censurando sus defectos y haciendo surgir de este conjunto encontrado de pasiones las desgracias que sufren los que encuentran en su camino la ausencia de hogar, de fortuna, de títulos nobiliarios. La falta de recursos hizo de Balzac un filósofo, y su desgracia un novelista. De aquí esa penetración constante, esa sensibilidad exquisita, ese conocimiento cabal de los individuos, que lo coloca como el jefe de una escuela, sin rival en el mundo. Sus obras, que forman un conjunto grandioso, tienen un sello de verdad irresistible, por la exactitud

para producir la acción constante de los hechos y el estudio continuado de las personas, que dan á su trabajo fuerza y unidad.

Balzac hizo la historia de su tiempo. Cada una de sus novelas encierra el estudio de un tipo distinto. Es la universalidad de sus conocimientos en materia de pasiones lo que hace más valiosa su obra y su labor más intensa. No hay novelista alguno que pueda presentar ante la historia un conjunto más grande de observación y, al propio tiempo, un análisis más detenido de las diversas inclinaciones que revelan la voluntad y que explican los móviles que guían á las personas en sus actos de la vida diaria.

Desde la época de Balzac hasta el día, el sistema ha experimentado grandes perfeccionamientos. El arte encuentra ahora notas más sensibles y

arranques más conmovedores, situaciones más verídicas, más exactas; pero corresponde á Balzac haber comprendido la intensidad de las pasiones humanas, fundando así la psicología de la novela.

Con este giro nuevo, hasta entonces desconocido, que conquistaba discípulos y admiradores, merced al talento creador de un hombre, formóse una nueva escuela brillante, erizada de dificultades, que exige larga preparación y un tacto especial para tomar de la vida las situaciones más culminantes.

Fué entonces cuando aparecieron Gustavo Flaubert y los hermanos Goncourt.

Flaubert con sus libros perfeccionó á Balzac.

Aun cuando las novelas de Balzac son á veces más profundas, de un sen

timiento más elevado, de una filosofía humana más verdadera que las de Flaubert, no hay ninguna que, bajo el punto de vista de la perfección, pueda compararse á *Madame Bobary*, que después de *Manon Lescaut*, es la más admirable de las depravaciones humanas.

En esta obra, la proporción del cuadro, la exactitud rigurosa de los hechos, la progresión creciente de un crimen que lleva hasta la muerte, constituyen algo verdaderamente grande. Nunca hasta entonces se había escrito una obra que, como la de Flaubert, fuera más profundamente sentida, más real, de más vigor, y en donde el análisis, la observación y la fisiología estuviesen más encubiertas por páginas de admirable estilo y de una emoción desconsoladora.

En estos últimos tiempos, solo el *Nabab* de Alfonso Daudet puede comparársele.

A la vez que esta pintura de costumbres era el resultado de las ideas planteadas por Balzac, también lo era del talento de Flaubert, que dándose cuenta de las impetuosidades de aquel, logró formar, dentro de cierta esfera, la escuela realista, científica, tomando la verdad como la conciben los hombres de espíritu superior, es decir, describiendo sus impresiones después de haber sabido juzgar por la lógica inflexible de los hechos, y de depurar su criterio por la sensibilidad, hasta producir esa armonía de conjunto y esa suavidad de tonos, que acusan un estudio continuado.

No era Flaubert un hombre que presentía la sociedad. Si Balzac es-

cribió *El lirio en el valle* en dos semanas, Flaubert escribió *Madame Bobary* en siete ú ocho años. Este dato insignificante demuestra, sin embargo, la conciencia con que se dedicaba al trabajo, á la elaboración lenta de sus obras; no le era suficiente su genio, necesitaba el documento vivo. Así, para *La educación sentimental*—uno de sus libros de más labor y de más observación—dice Julio de Goncourt—vivió en un hospital de expósitos, á fin de conocer en la intimidad á los niños huérfanos y apreciar mejor su existencia preñada de padecimientos.

Junto á Flaubert puede colocarse á los Goncourt, contemporáneos suyos, que contribuyeron en gran parte á la evolución de la escuela realista.

Los hermanos Goncourt, espíritus

delicados, amantes de la naturaleza, paisajistas brillantes y de una corrección de formas inimitable, tomaron del romanticismo el culto de la belleza, y del realismo esa verdad de colorido, que hizo de ellos los escultores, por decirlo así, más audaces de la pasión. Sus libros son bajo-relieves que unen á la pureza del arte de la palabra, la vida agitada y la conmoción extraña de la miseria y de los harapos.

Fácil es imaginarse el cambio de rumbo operado en ese tiempo y el vasto horizonte que se abrió á los escritores que vinieron después.

La corriente fué progresiva, y si la escuela romántica ha sido comparada por su impetuosidad y sus triunfos repentinos, al torrente que se despeña, puede decirse de la escuela realista que ha sido el ancho río que ha arras-

trado lentamente la vejetación, los edificios, los campos que se extienden á su orilla. Menos precipitada, pero más segura, ha llegado muy lejos.

Hoy el río desemboca en el mar.

Basta hacer un estudio comparativo, la cronología de la novela, para convencerse de esta evolución. Alfonso Daudet, Emilio Zola, Ohnet, Feuillet, Dumas, Cherbuliez, Halévi, Merimée, Droz y tantos otros que no es posible retener en la memoria, han levantado la escuela; los unos, audazmente; los otros, contenidos; ante todo artistas, pero siempre apasionados de la realidad.

Ya es Zola con sus estudios sobre el pueblo caído, depravado, sin instintos sociales; ya es Ohnet con sus cuadros sobre las luchas de la vida; ya narradores delicados como Octavio Feuillet, que encierra en sus páginas

problemas de la alta sociedad; ya pintores del campo, de las escenas del mar; y retratistas de la burguesía; ya, en fin, observadores escrupulosos de la sociedad en todos sus aspectos, en todas sus ramificaciones, en los accidentes infinitos de la actividad y del hambre.

Como se vé, en corto tiempo, la novela ha adquirido en Francia proporciones vastísimas, difíciles de apreciar en este estudio. Se cultivan todos los géneros; si unos caen, los otros triunfan.

Intencionalmente nos hemos detenido para indicar el desarrollo de la novela francesa desde el año 33. Es en Francia donde más palpables se han hecho los triunfos de los novelistas, donde más directamente han luchado las doctrinas literarias.

IV

Los pueblos de climas templados son ménos susceptibles de transformaciones sociales y políticas que los países donde el sol enardece el temperamento de los individuos, haciéndolos más propensos á luchar por cualquiera idea nueva. Este fenómeno, comprobado por antiguos y modernos publicistas y por los historiadores de Inglaterra y Alemania, puede aplicarse á ambos países, en lo que se refiere á su literatura.

Las costumbres severas han impuesto al movimiento literario y artístico de Inglaterra el mismo sello de fría grandeza que corona sus instituciones sociales.

Es Dickens el más genuino representante de la novela inglesa. Collins, Bulwer, Disraeli, Thackeray, Brow-

thon y Elliot, no son más que sus discípulos aventajados, observadores finos, atentos, pero respetuosos de la moralidad pública. Un novelista inglés es un *policeman* de la sociedad, que cuida del orden, y que aun sacrificaría el arte que campea en sus libros si alguna *lady* se sonrojase con sus páginas de escritor. Por este motivo, casi todas las novelas adolecen de cierta lánguida corrección. Les falta la emoción, la vida impetuosa, y como en el estudio de la pasión, suelen encontrarse rasgos que lastiman la virtud; de aquí que hayan preferido la observación exterior de las cosas, antes que la pintura íntima del amor.

El espíritu práctico, el desarrollo comercial y las instituciones libres del pueblo inglés, influyen poderosamente en los hombres de letras,

los cuales no han sentido nunca la opresión, ni conocen la ausencia de la libertad, que hace á los hombres tan inspirados y que procura á los poetas páginas tan admirables.

En un centro de esta especie, la novela tenía que reflejar semejantes ideas. Por eso desde Defoe, el carácter de la novela inglesa ha sido siempre el mismo, acrecentándose con los años en el sentido de robustecer cada vez más el ideal del trabajo.

La atmósfera tranquila, el humo de las chimeneas, el vapor, los ferrocarriles, el movimiento incesante de la industria, el espíritu obrero infiltrado en las masas, la producción agrícola; tales son los espectáculos que se ofrecen al escritor y á los espíritus observadores.

Este cuadro social, esta vida de

empresas, no puede menos que dar á las letras tranquilos escritores.

Goldsmith está hoy tan de moda como Hugo Conway; Defoe no envejece á pesar de sus años y Richardson conmoverá siempre el corazón con sus novelas apasionadas. Mientras que en Francia solo *Manon Lescaut* salvará del naufragio, porque es una obra *vivida*, si se me permite esta expresión, en Inglaterra la tradición realista arranca desde el *Vicario de Wakefield* y de *Robinson Crusoe*.

Al revés de la escuela francesa, que ha sido psicológica, analizadora de caracteres, la escuela inglesa ha llevado la observación exterior hasta los últimos límites. No hay pintor igual á un novelista inglés. El escenario donde se desarrollará el drama, surge lentamente del libro; los

árboles se mecen con el viento; el agua del molino, el paisaje, la campiña, todo vive á la vez que los personajes.

Los novelistas ingleses han creado con la pluma un espléndido museo de paisajes, de cuadros de género y de costumbres.

V

Por más que en España se discutan las teorías de la nueva escuela, es un hecho comprobado que no existe país alguno que pueda ofrecer un conjunto más uniforme, más vigoroso y más constante de un movimiento literario con tendencias realistas, movimiento que nació con el *Quijote*, y que en el día se halla representado por Pérez Galdós, Pereda, Alas, Valera, Alarcón y la señora Pardo Bazán, escrito-

res todos pertenecientes á la misma escuela, realistas convencidos, paisajistas eximios, escritores sin rival, tanto por el arte de la forma, como por la exactitud del cuadro que describen.

En España no ha habido transiciones literarias.

Cervantes marcó el rumbo. ¿Y qué pueblo tiene una novela como *Don Quijote*, en la cual las costumbres de la época, los personajes que campean en la obra, sean más fielmente retratados? ¿Por qué la popularidad de *Rinconete y Cortadillo* y *El licenciado Vidriera*?

Porque todos reconocen en sus páginas á alguien que han visto, á tipos que todos observan y que todos conocen.

Las costumbres en España se mantienen intactas, vírgenes, con todo el

sabor de la tierra, con todas sus viejas tradiciones de franqueza, soltura y amabilidad; y si el Cid rompía lanzas por Jimena, hoy día el majo adora á su ehula y desfonda el bolsillo por obsequiarle un ramo de flores.

El elemento extranjero no ha cambiado los gustos ni las modas en la clase baja. El novelista encuentra en ella las mismas tendencias de antaño y las mismas afecciones del hogar.

Valera y su admirable *Pepita Jiménez*; Galdós con sus *Episodios nacionales* y muy especialmente *Gloria*, *La familia de León Roch* y *La Desheredada*; Pereda y sus *Hombres de pró* y *El Buey suelto*; Alarcón con *El Escándalo* y *El Sombrero de tres picos*; Alas y su novela *La Regenta*; y, por último, Emilia Pardo Bazán—gran cabeza de hombre, como ha dicho Menéndez Pe-

layo—con sus obras empapadas en el espíritu del pueblo, son el mejor testimonio de un movimiento realista, que no palidece aun al lado de las glorias literarias de la Francia.

La novela en España, con raras excepciones, como ser *El Escándalo*, *Gloria*, *León Roch* y algunas otras, no ha sido trascendental. Es simplemente narrativa, llena de observación, pero á la vez lozana, fresca y magnífica de juventud. Nunca ha decaído, ni ha explorado regiones desconocidas.

VI

En España, el siglo de oro de la literatura corresponde al siglo de hierro de las libertades públicas, y aunque este hecho aislado, si se tratase de aplicarlo á las demás naciones, pa-

recería una paradoja, lo vemos comprobado en la actualidad en Rusia.

El servilismo social, la ignorancia del pueblo, todas las instituciones sometidas á la voluntad de un solo hombre, han hecho de la Rusia un país desgraciado, enormemente rico, pero cuyo progreso se vé reducido á las ciudades que más directamente están en contacto con el mar, mientras que los pueblos del interior vegetan ó caen postrados por el látigo de los agentes del emperador. En ese país está la Siberia para recoger, entre sus nieves, el pensamiento audaz, que cumple las sentencias de los tribunales de justicia. En esta alternativa queda la muerte ó los cantos del patriotismo esclavizado.

La literatura rusa refleja en sus páginas esta tremenda situación. Las novelas de Turgueneff y Pousckine

no son más que el poema de la nieve ensangrentada, los gemidos y las torturas de la multitud, la vida de la soldadesca, las cacerías de lobos ó amores en los cuales domina la nota fatalista y la implacable conclusión de la muerte.

Tolstói, tan popularmente conocido, escritor vigoroso, realista acentuado, ha dado á conocer las costumbres de su país.

En Rusia no se puede soñar cuando las cadenas oprimen las manos del escritor. Necesariamente, la pintura de estas tristezas debe ser el tema de los novelistas. Y la realidad es áspera, se impone cuando la acompaña el *memento* del látigo.

En Estados-Unidos, rama de la civilización inglesa, donde las costumbres participan de la misma franqueza y naturalidad de las de la madre

patria, pero arrastradas por la civilización á un grado de mercantilismo que sobrepuja á todo otro país, se ha debilitado toda idea del *home*; pues allí, la casa es antes un almacén que un nido, antes negocio que afectos. Los Estados-Unidos presenta la imágen de un pueblo sin tradiciones que embarazen el progreso de la libertad y que vive para la industria, sin preocuparse de las grandes conquistas intelectuales.

Esta misma carencia de hombres de letras hace que cuando se presenta alguno, sea este un hombre superior, conjunto de cualidades que los demás no tienen, objeto de adoración de parte del pueblo y que reviste, por ser casi único, una fisonomía de sibila democrática.

Longfellow es Víctor Hugo.

Los novelistas norte-americanos han

salido todos del pueblo, y si entre ellos se cuenta á Edgardo Poe que puso en práctica el método inductivo para llegar á la filosofía del absurdo, también hay otros que, como Bret-Hart y Marc-Twain han revelado los secretos de la comunidad.

Los hijos de Italia, como Salvador Farina, Edmundo de Amicis, Giordano, Donato, Barrile, nacidos bajo un sol magnífico, en contacto íntimo con el arte romano, que si hace soñar, es con el ideal de la forma, de la estatuaria,—revelan todos la tendencia uniforme, la marcha progresiva que se opera en Francia.

Viven los unos rindiendo culto á Daudet; los otros siguen con cierta timidez á Zola.

No es posible seguir paso a paso este movimiento que alcanza á todos los pueblos. En estas líneas hemos

tratado de hacer notar la tendencia de ellos á acercarse al realismo. En Francia, Zola marca la última de las conquistas, el extremo sectario de la escuela, así como Alfonso Daudet es ese difícil término medio, en que, como dice un escritor, principia la realidad y concluye la novela.

Daudet termina donde principia Zola.

Cada país refleja estas ideas según la fisonomía propia de su literatura. No es posible querer uniformar en una sola ley, concentrar en una idea común, esta revolución, que en cada uno de ellos es diversa, original, aunque mutuamente se acerquen en el fondo.

VII

Por más que el arte parezca apartarse de la vida, alentando en regio-

nes elevadas, es un hecho cierto, que las transformaciones que con ésto se operan, no son más que la consecuencia de movimientos anteriores en la sociedad.

Los descubrimientos científicos, las ciencias experimentales, las leyes fisiológicas de la historia, que, año por año, avanzan en el terreno de la especulación, así como también los antiguos procedimientos; estas conquistas se traducen en el arte literario por escuelas nuevas y nuevas teorías.

El realismo es el resultado de esta serie de esfuerzos, que ampliando el camino de la historia, haciendo más precisa la labor de la sociología, marchando en vida común con la medicina, la psicología y la fisiología, y demás ramas del saber, producen, todas, un rumbo diverso y un horizon-

te más extenso para los conocimientos humanos.

En la actualidad, cualquier escritor que desee estudiar el desarrollo de un pueblo, conocer sus instituciones y su vida política, no podrá desentenderse de los principales elementos de la civilización. Las leyes económicas, que en cada país, á pesar de ser generales, sufren las alteraciones del medio comercial en que se producen; la estadística, los códigos y sus leyes, que directamente son la manifestación del adelanto, puesto que según el alcance de éstas, así es también el mayor desarrollo político de las clases sociales; los hombres que impulsan estos movimientos, el mayor ó menor grado de instrucción, las condiciones del clima, la situación geográfica de una nación, todo esto contribuye á apre-

ciaciones más exactas y más verdaderas.

Así, pues, el historiador debe tomar en cuenta estos detalles, que aumentan á medida que los descubrimientos amplían las leyes del progreso.

Para escribir la historia, que es obra de investigación, los demás elementos le prestan ayuda y se imponen forzosamente, sin que nadie pueda desentenderse de ellos, es lógico imaginar que igual cosa sucede en cualquiera otra manifestación de la actividad humana.

Hoy vivimos para la verdad y el conocimiento exacto de todas las cosas. Son, pues, las ciencias—aunque de una manera indirecta—las que han ensanchado el camino de la escuela realista, dándole ese carácter científico, que tan extraño es

al arte, y que, sin embargo, en la presente situación, es preciso aceptar.

La novela, que sin duda, ha nacido de la historia, y que aun en épocas anteriores, cuando ésta se confundía con la narración maravillosa de sucesos mitológicos, viviendo ambas en consorcio mútuo, sin límites precisos ni demarcaciones verdaderas, y que después de la investigación de los hechos marcó el rumbo del historiador, apartándola de las pequeñas escenas; la novela, que conservó ese sabor heroico de la epopeya y que se ha mantenido hasta hace poco en regiones ideales, se siente influenciada, al presente, por ese rigorismo histórico, y en pequeña escala, por el mismo método de investigación que la historia emplea, para llegar al conocimiento de los hombres.

No es, en consecuencia, la novela realista el esfuerzo de una sola persona, sinó el resultado de una evolución generalizadora, que abarca todas las regiones del arte; no es tampoco antojadiza idea de unos escritores; y, muy por la inversa, es corolario de una cadena de hechos y de circunstancias que es menester tomar en cuenta para juzgarla como se debe.

No marcha desunido el arte con la historia. El pueblo griego engendró su escuela, que es manifestación acabada del espíritu que en aquella época ejercía su influencia. El arte asirio, monstruoso, apocalíptico, lleno de signos que encerraban el problema de la divinidad, nos muestra el estado de civilización que alcanzaban las capas sociales de aquel país; dominadas por la ignorancia, edificaban para Dios, imprimiendo en todos sus

monumentos la idea de un porvenir supersticioso. Igual cosa sucede con el arte indígena de América.

El período revolucionario de 1793, que en Francia trajo la resurrección por breve tiempo, de la forma de gobierno de los romanos y la copia exterior de sus instituciones, alcanzó al arte, que solo veía la belleza en la estatuaria antigua.

David d'Angers nos ha dejado obras del más puro estilo romano; el teatro era la tragedia, Talma su mejor intérprete. Todos los palacios, desde la Magdalena hasta la Cámara de Diputados, son remedos del Partenon y sus hermosas columnas jónicas.

Es, pues, el realismo una manifestación de las ideas de nuestra época, época de síntesis y de vigorosa verdad histórica; y se verifica este movimiento extendiéndose á la vida en-

tera, llevando su influencia á todas partes.

El arte realista coincide con el romántico en la lucha contra el clasicismo, la fórmula consagrada, la rutina académica, los preceptos inmutables de esta escuela. Toma, sin embargo, de éste, la misma bandera que los preceptistas del siglo XVIII enarbolaron en son de combate: la imitación de la naturaleza.

La escuela realista es formada por la emancipación del romanticismo contra las teorías de los clásicos, que éstos nunca cumplieron, de la reproducción de la verdad.

Por este lado, no puede tildarse á los realistas, de audaces y revolucionarios. Sucede, sin embargo, que todo movimiento que tiende á saeudir cadenas y romper esclavitudes, nunca permanece en el término me-

dio, sinó que es arrastrado á exageraciones desmedidas.

De aquí proviene la escuela naturalista, que es el partido avanzado, sectario y que se empeña en resolver la fórmula bajo una sola de sus faces: la miseria, cuyo pintor más acreditado es Emilio Zola.

“Para los realistas, el arte ha de arrancar de las mismas entrañas de la realidad; ha de ser la realidad sentida y percibida por el artista y reproducida por su libre actividad en formas sensibles, tal como ella es, pero marcada con el imborrable sello de la original personalidad del que lo reproduce. La única idealización legítima es, para la nueva escuela, esta impresión del carácter personal del artista en la obra, esta transfiguración de la realidad por la emoción del artista, en ella pintada con

indelebles caracteres. La belleza de la obra de arte no consiste única ni primeramente, por tanto, en la belleza que puede poseer la realidad reproducida, sino en la belleza de la forma en que la presenta el artista, en la belleza de la emoción personal, en ella reflejada, ó, lo que es lo mismo, en la belleza de la expresión. Reproducir fielmente la realidad, bella ó no bella, que contemplamos, y expresar con originalidad la emoción que en nosotros produce y la forma que en nuestra representación mental reviste, es, según la nueva escuela, el secreto del arte y la razón verdadera del goce que engendra, nacido, no solo del objeto reproducido, sino de la excelencia de su reproducción”.

Esta página de Revilla ahorra digresiones.

Es, pues, la base de la escuela realista, la imitación de la naturaleza, sin alterarla en lo más mínimo, y la originalidad, el sello propio que el artista comunica á sus observaciones al reproducirlas en una forma sensible. Bajo este punto de vista, aun Zola tiene el mérito de la percepción, y de aquí, la falta de escritores realistas, pues para serlo se necesitan un talento superior y dotes especialísimas de análisis. En ningún caso, la obra más depravada, aquella que no es más que un conjunto de cifras, la estadística de la perdición, puede ser reprochada, pues, al estudiarla, el novelista deduce de hechos aislados, una serie de conclusiones que son del dominio propio.

Uno de los defectos de la nueva doctrina es que desconoce las variedades del arte, aceptando solo aque-

llas en las cuales cabe el procedimiento de la escuela. De esta suerte quedan condenadas la arquitectura, la cerámica, la jardinería y otras manifestaciones del arte.

Esta es la escuela que ha perfeccionado la novela contemporánea, pres-tándole, antes que todo, la verdad de los hechos, y por medio de las ciencias, el conocimiento de los caracteres y el estudio de las pasiones.

VIII

¿De qué modo las ciencias han influido en la novela? Es la novela una de las ramas literarias que más se acerca á la historia, y casi podríamos decir que ambas emplean un mismo sistema. La historia de lo particular deduce generalidades, y ensanchando hechos locales, cuya repetición es cons-

tante, llega á establecer conclusiones fundadas en estos hechos. La novela no puede de generalizaciones descender, por método inductivo, á plantear el boceto de una personalidad aislada; tiene, sin embargo, el poder creador, acumulando una serie de rasgos, incidentes, situaciones, que escapan á la historia, para formar la narración de la vida de un conjunto de personas, el medio en que éstas se mueven, y, definiendo cada uno de los caracteres que obedecen á determinadas inclinaciones, nos presenta un mundo de pasiones, que son de su exclusivo dominio.

Vemos así, que en la novela se hace necesario un sistema filosófico.

Por otra parte, para el análisis de los caracteres se necesita ser consecuente con los hechos que los producen, ya que estos no nacen del esfuer-

zo aislado, del capricho de un hombre; pues, aun para el diseño de tipos, que no son más que una entidad moral, tiene el escritor que sujetarse al rigorismo ficticio de la verdad moral, y según esta hipótesis, describir sus creaciones, que de esta suerte se transforman en personas con vida propia y que se mueven como si en realidad existiesen. Para llegar á tal resultado se necesita del estudio de la fisiología que tan poderosamente ayuda á escudriñar los secretos del corazón.

Los seres imaginarios nacen, existen y obran en las mismas condiciones que los seres reales. Nacen de la aglomeración sistemática de una infinidad de ideas, como los otros nacen de la aglomeración sistemática de una infinidad de causas. Existen por la presencia simultánea y la concen-

tración involuntaria de ideas, como los otros por la acción simultanea y la concentración natural de las causas. Obran por el impulso independiente, irreflexivo de las ideas que los componen, como los otros por el esfuerzo espontáneo y personal de las causas generadoras.

La medicina es también otra fuente de investigación.

No nos referimos, por cierto, á ese género de novelas patológicas, que son el diagnóstico de una enfermedad, y que en su empeño, estudian el modo como flaquea el organismo humano, describiendo hasta sus últimas convulsiones.

No es el carácter un don de la naturaleza. El hombre está formado de muchos elementos, y obra por inclinaciones ó por la voluntad y á veces por impulsos irresistibles que es-

capan á las facultades de la inteligencia. El hombre existe, se mueve, piensa por actos independientes de su persona, y si bien estos actos están en relación con su naturaleza moral, ó física, nunca se preocupa de saber el por qué de estas acciones, así como los niños andan sin asombrarse de ello.

Toca, pues, á la psicología darse cuenta de sus acciones premeditadamente interiores, pues esta es la naturaleza humana. Sus detalles son infinitos é infinitamente desligados entre sí, sus pensamientos corresponden al mundo exterior que lo rodea; y en su casa, en sus muebles, en sus negocios, en sus gestos, en sus palabras, refleja este orden de cosas. Preciso es estudiarlo con relación al medio en que vive para describirlo por entero.

La contestura física, el desenvolvimiento de sus músculos, el mayor ó menor desarrollo de ciertas partes del cuerpo, son causas de que en el individuo domine tal ó cual pasión, y aquí entra la medicina á explicar todos estos fenómenos; pues el temperamento de las personas depende á veces del vigor cerebral, que las enfermedades—que no otra cosa son ciertas rarezas que en el carácter se notan—apagan ó cambian en absoluto.

Podríamos seguir en este orden de ideas, procurando demostrar cómo todas las ciencias tienen para la novela el mejor de sus encantos y la más hermosa de sus páginas.

IX

Reviste la novela contemporánea una doble fisonomía, social y privada;

en la primera, su magnitud no es susceptible de medida alguna; su campo es vastísimo, tan vasto como son las ideas, los gustos, las costumbres de la época. Es imposible encerrar en estrecho límite esta aglomeración infinita, que cada autor refleja á su manera, que todos juzgan con criterio diverso, y que, como Proteo, cambia de formas incesantemente. Así como los pintores, en un paisaje encuentran distintas impresiones, el mundo social es superior bajo todos los aspectos, al esfuerzo aislado de un hombre que desea tallar en la carne viva de la multitud, la historia siempre nueva de las pasiones y de los gustos. Y á medida que la novela conquista y descubre, á medida que perfecciona sus elementos de observación, también la sociedad se perfecciona, aumenta, encuentra nuevos

caminos, y en la marcha incesante de los acontecimientos, la novela y la sociedad se engrandecen—la una con sus estudios; con sus caídas y sus esfuerzos gigantescos la otra.

La novela personal, de carácter privado, que se desarrolla en el estudio de un solo tipo, de un personaje aislado, indudablemente alcanza más perfección hoy día, que otra cualquiera.

Se puede, en este género de investigaciones, alcanzar una perfección relativa, estableciendo un rigorismo sistemático, de carácter científico, que podría conducir á establecer una teoría que dá á la novela una fisonomía extraña, dura y sin ninguno de los encantos del narrador. Parece que, antes que todo, debe dominar la nota implacable de la verdad excesiva, la verdad de la frase, el término preciso, el insulto escrito con todas las in-

flexiones que le da la voz del hombre encolerizado; deben estudiarse, por ejemplo, la depravación de la mujer, hasta en el detalle infame de la desnudez, de los harapos, de los vestidos que apenas ocultan sus formas; la degradación violenta que produce el hambre; los estallidos de la miseria, dando á este conjunto extraño, una vida, que si es realmente pintada, no la conocemos, puesto que nadie desciende hasta ella, salvo el novelista que la pinta; y para hacer más exactas estas revelaciones, se debe quitar al lenguaje toda belleza, adaptándolo á este medio social, esculpiendo, por decirlo así, adjetivos que solo se conocen entre esos infelices, ataviando espléndidamente la frase, como un rey indígena, con las cabelleras, el corazón y la sangre de las personas que describe. Se deben desechar, como

inútiles, todos los encantos del período, todo adorno que haga menos cruel esos cuadros terribles; en una palabra, se debe ajustar el novelista á un sistema castigado, trazando sus líneas con arreglo á un plan fijo, sin desviarse un sólo instante de él, preocupado solo de producir la naturalidad en sus personajes, y en su obra una sucesión de hechos que lleguen á plantear una teoría.

Ese es Zola.

Sin desconocer los méritos de hombre tan distinguido, que posee una vista dominadora y un talento incomparable de unidad, sin criticar su escuela, que en el porvenir será el album anatómico más perfecto que nuestro siglo abandone al futuro, es menester, con todo, darse cuenta de sus extravíos, que en ningún caso superarán la grandeza de su obra.

Las novelas todas de Zola, forman una cadena sucesiva que nace de una tesis que el novelista ha desarrollado por todos los caminos imaginables, teniendo en vista, al escribirlas, la unión que entre ellas debe dominar, como conjunto de ideas sociales y como prueba de un hecho que se reproduce en cada una de ellas.

La familia *Rougon Macquart* es el tronco de una serie de individuos, que forman las novelas de Zola.

Se nota en esta familia, en cada una de las personas que la componen, inclinaciones marcadas, ya á la embriaguez, ya al juego, sin que ninguna carezca de vicio ó pasión arraigada.

Ahora bien, Zola estudia á todas estas personas, en los hijos que despues nacen, en sus nietos y en los entroncamientos sucesivos de unos con

otros; y analizando las inclinaciones que en cada uno de ellos domina—inclinaciones y vicios que, según dicho autor, son la herencia inevitable de los padres—nos muestra una serie de individuos en los cuales se ve la reproducción de las mismas cualidades de carácter, de las mismas pasiones, de las mismas miserias, que imperan en los progenitores de la familia.

Así, la madre de Lantier—personaje de *L'Assomoir*—lega á su hijo todos sus malos instintos, y éste, viviendo en un medio de hambre y de depravación sin límites, desarrolla las pasiones en germen que yacen en su alma y que son el obsequio de sus padres, de su familia, de todos sus antecesores.

Lantier es brutal, ebrio, inconsiderado, no conoce los placeres de la fa-

milia y abandona á sus hijos por seguir á una mujer perdida, y sella con sus actos el destino que por una especie de atavismo, un debilitamiento de facultades, una anemia moral, su familia ha infiltrado en sus venas, anemia moral que constituye su vida y que lo arrastra á la muerte.

“He querido pintar, dice Zola en el prólogo de una de sus novelas, la decadencia fatal de una familia obrera, en medio de la peste de nuestros *faubourgs*. Después de la embriaguez y de la ociosidad, se producen el relajamiento de los lazos de familia, las infamias de la promiscuidad, el olvido progresivo de sentimientos honrados, y por último, como conclusión, la deshonor y la muerte.”

Estudiando aisladamente cada uno de los personajes dominantes en las novelas de Zola, se puede encontrar

una perfección acabada de descripción. Si cada uno de ellos es realmente humano, si todos viven y se mueven, no es posible llegar, sin embargo, como él lo ha hecho, á reunir en un solo haz esta enorme galería, hacerla obedecer, desde el comienzo de la historia de los *Rougon*, á pasiones arraigadas, y después que estas se transmiten de individuo á individuo, formar una ecuación terrible de miseria, que en todo caso se resuelve en la muerte ó en el suicidio.

Con justicia, dice Lemaître, que Zola escribe con cielo de otoño. Nunca se divisa el sol en sus obras.

El defecto de Zola estriba, no en la pintura de los personajes, sinó en el tono de su obra, en el conjunto de sus observaciones, hipotéticamente reales; pues no es dable, como lo hace el autor del *Germinal*, que de una

familia ficticia, adornada de cualidades y de defectos muy pronunciados, —en una palabra, de la hipótesis de una novela,—se pueda sacar conclusiones científicamente verdaderas, generalizar estas conclusiones, hasta escribir la historia de una generación compuesta de centenares de individuos.

X

Hemos tomado la novela realista únicamente en relación con la historia, es decir, analizando los puntos de semejanza que entre ambas existe, poniendo de relieve sus ventajas y las dificultades con que se tropieza para que se vea como una y otra se acercan, ya en procedimientos, ya en sistemas de investigación.

Ante todo, conviene tener presen-

te, que la novela ha sido rama de la historia, y que en otro tiempo, la historia y la novela se confundían en la narración de los acontecimientos, formando un solo grupo.

Para establecer debidamente la fuente de información que la novela ofrece al historiador, hemos tratado de hacer notar el carácter científico de la escuela realista, los procedimientos que emplea, y de qué suerte, por la evolución social é histórica operada en estos últimos tiempos, la novela se encuentra hoy día aprisionada por las ciencias, por la observación y los detalles infinitos de la vida; pues el novelista, al escribir la historia de una pasión, el retrato de un personaje, las costumbres de una familia, los resortes de una sociedad, no puede desentenderse del medio que lo rodea, de la época en que vive, de los ele-

mentos de civilización que ejercen su influencia en las personas, de las ideas dominantes, de los gustos, de las preocupaciones, que influyen en la formación del carácter y que traduce el novelista insensiblemente en sus libros, aunque desee apartarse de ellos.

El hombre nace, se desarrolla y lucha por la existencia, empapado en las ideas de su época. El ideal de un siglo no es el ideal que vendrá después. El progreso en su marcha creciente, arrastra las preocupaciones, y en los altares derribados coloca nuevos ídolos, que cambian por completo antiguas tradiciones y viejas teorías sociales. Los años renuevan los pueblos y las razas, y con ellos, las costumbres y las ideas.

Y aquí conviene hacer notar, aunque sea de paso, la importancia del

nuevo sistema DEL MEDIO, que tan anchos horizontes ha abierto á la crítica, que de tanta trascendencia es para la novela, ideado por H. Taine, uno de los escritores más admirables de la Francia.

La teoría DEL MEDIO aplicada á la novela, ha venido á perfeccionar todo género de investigaciones sociales.

Estudiar al individuo en relación con sus ideas, su hogar, su familia, los objetos que le sirven para el uso diario, sus gustos, sus inclinaciones, observando hasta el último detalle de su traje, su persona, y el sello que da á los actos más insignificantes de la vida que constituye su originalidad y lo distingue de las demás personas; describir la sociedad y sus costumbres, tomando en cuenta las ideas que la dominan, la situación especial de las ciudades, las calles, los

edificios, las manifestaciones infinitas de sus deseos, los teatros, la pobreza del pueblo, el medio en que éste se desarrolla, todo esto es susceptible de ser analizado, y esos fragmentos, que considerados en sí poco valen, son, juzgándolos en su conjunto, la expresión más acabada y el retrato más perfecto de una sociedad.

Esta es la teoría DEL MEDIO.

No es posible ir á buscar en la historia estos hechos que no pueden apreciarse debidamente, si no se les estudia por separado; y nunca la historia ha podido descender á la apreciación de hechos particulares—pues caería en profundos errores—y generalizar, en seguida, sus observaciones múltiples, aplicándolas como evoluciones ó leyes sociales.

Toca, por lo tanto, á la novela, presentar al historiador estas faces de

la vida, que cambian con los años, que desaparecen, se renuevan ó sucumben, ya por revoluciones anteriores,—revoluciones que escapan al ojo de la historia, puesto que ellas se forman de gran número de pequeños trastornos;—ya por la escasez de recursos y las dificultades del trabajo, que transforman las costumbres, dándoles una fisonomía diversa: ya por las preocupaciones ó las tiranías de una clase superior; ya por las degradaciones sociales, que destrozan el matrimonio y crean un nuevo género de vida para el pueblo; ya por esa mezcla de todas las gerarquías, que acerca á unos y que levanta á otros; ya, en fin, por el esfuerzo constante que domina á las multitudes para llegar á la altura. Los encontrados deseos, los conflictos sociales, todo se agolpa y vive en la novela, al paso

que la historia, como un viajero situado en una montaña, no puede contemplar estas situaciones de la vida, sinó por los resultados que ellas provocan en la marcha de un pueblo. La novela le ofrece desarticulados todos los miembros del esqueleto social, que mas tarde el escritor reviste con su pluma, dotándolos de la expresión de la vida, del movimiento, de la sangre que circula por las venas y produce la actividad humana.

Dícese, sin embargo, que la novela falsea los caracteres, adornándolos de cualidades excesivas ó de pasiones que están fuera de toda verdad y de todo justo medio, y que este hecho sólo desvirtúa las condiciones de exactitud que requiere para que la historia pueda encontrar en ella los reflejos de una época ó las costumbres de una sociedad.

Preciso es confesar que este argumento parte de una base falsa.

¿Que es lo que se busca en la novela?

¿Es la frase? Es el ingenio del novelista?

¿Es la novedad de la expresión?

Así como despojando al individuo de su traje y los adornos exteriores que lo cubren, se puede tocar su cuerpo, nos parece que el historiador, al estudiar nuestra época, tomando como fuente de información las novelas de hoy día, tendrá que levantar los mantos y los abrigos de nuestra civilización, y que muy luego tropezará con la carne helada de la multitud, pudiendo juzgarla con entera verdad.

¿Que novelas serán las que en el futuro pueden dar á conocer nuestros tiempos?

Serán las de Daudet? Serán las de Zola? Serán las de Tolstói, etc?

Los nombres pasan y solo queda su obra, que es documento, que es un pedazo de vida.

El obrero, el hombre del pueblo, acepta, por lo general, todas esas teorías aventuradas que colocan su felicidad en un procedimiento natural cualquiera—el alza de los salarios ó la disminución de las horas de trabajo—más que en las leyes económicas, que se desarrollan lentamente, según las necesidades de la sociedad.

Por eso vemos ciertas novelas, las novelas socialistas y las novelas de Sue, por ejemplo, que agitando problemas de esta especie, pintando con vivos colores la lucha por la vida, desgarrando el interior de toda esa masa de hombres que esperan una idea que los salve—pues más revolucionaria

una frase que un hombre—consiguen amplísima circulación y la consiguen tan solo porque suspenden las amarguras de las clases trabajadoras por breves instantes.

Han removido las masas con sus páginas terribles, y es lo cierto, que sin tomar en cuenta el valor literario de ellas, reflejan, con todo, la época crítica de un pueblo y las ideas que lo han agitado, y que chocea con sus sueños de ambición ó la perspectiva de un porvenir más feliz.

Todo período histórico tiene sus manifestaciones, ya en el poder, ya en el pueblo. Y estas ideas se traducen siempre, en el dominio de los hechos, por el acrecentamiento y el bienestar del país; y en la vida de la inteligencia, por el carácter variado que revisiten los monumentos, edificios públi-

cos y por el espíritu literario que anima á los hombres.

Bajo este punto de vista, la revolución del romanticismo es una prueba manifiesta de las ideas y esperanzas de una época de la historia, que si después ha sido eclipsada por nuevos y contrarios acontecimientos, manifiesta, sin embargo, la situación excepcional del pueblo en que se produjo.

No se puede aun apreciar el valor que desempeña la novela como fuente de información histórica, porque si bien es verdad que toda escuela literaria es una prueba de adelantamiento intelectual y un reflejo exacto de las ideas de esa escuela y de ese tiempo, toca á la novela contemporánea el papel de un gran documento, nuevo aún, pero que los historiadores que después vengan, juz-

garán, sin duda alguna, como el más completo, el más acabado que las generaciones dejen á su paso, y como la expresión de sus ideas y de las costumbres de este siglo, tan difícil de apreciar en su conjunto, si para cada uno de los infinitos detalles de la vida y de la sociedad, no le procurase la novela páginas de admirable pintura y de la definición exacta de sus trastornos y grandezas sociales.

Es imposible desconocer la importancia de la novela social contemporánea, aunque todavía no puedan aprovecharse sus estudios y descubrimientos.

Basta, sin embargo, para darse cuenta de la extensión de la obra de los novelistas de nuestro tiempo, recordar qué ha sido la historia hasta hace poco, si no fuera por Niebuhr, Ranke, Moomsem, Weber, Macaulay,

Buckle, Irving, Bancroft, Motley, Guizot, Thiers, Cantú, Agustín y Amadeo Thierry, Enrique Martín, Alcalá Galiano y Ferrer del Río, que le dieron carácter filosófico, levantando el espíritu de ella, hasta colocarla como el juez de los pueblos, donde las naciones todas depositan su tributo de verdad y á donde los hombres llevan los actos heroicos de su vida y los sabios sus descubrimientos.

¿Qué papel asumía la historia ántes de este siglo? ¿Qué pueblos viven en ella, á no ser como un testimonio de la grandeza de un monarca, para enaltecer sus cualidades, reuniendo las naciones en torno de su cabeza, y formar, por ejemplo, la gigantesca corona de un Carlos V ó de un Felipe II?

¿Para qué servía la historia sinó para tejer las guirnaldas y preparar

el incienso de los Césares? ¿Que ha sido sinó un sacerdote de las vanidades humanas, de los tiranos y de los reyes que la llevaron en sus carros de triunfo?

Y así es lo cierto. Basta recorrer las páginas del pasado, remontarnos á cualquier período histórico, que no sea el nuestro, para convencernos de ello.

¿Qué importancia se concedía al pueblo, á la sociedad? ¿Que detalles poseemos de las costumbres, de las instituciones sociales, de los gustos y modas del reinado de Luis XI, por ejemplo? ¿Qué historiador nos muestra el grado de cultura que alcanzaban las masas, las relaciones de la vida, el bienestar, las manifestaciones infinitas de actividad de un centro constituido?

Se pregunta: ¿porqué esta ignoran-

cia tan absoluta respecto del pueblo, y esa investigación excesiva en todo lo que se refiere al rey, descubriendo su carácter, las personas que lo rodeaban, las escenas de palacio, las cacerías y bailes de su corte? ¿por qué se ahogaba la historia convirtiéndola en la novela de los monarcas?

Porque aún no existía la novela de la vida; porque ni los Balzac, ni los Flaubert, ni los Zola, estudiaron las costumbres, diseñaron al pueblo ó dieron á conocer sus relaciones sociales; porque entonces no había novelistas, novelistas en la acepción dada á esta palabra por la crítica contemporánea.

Y es á la novela de hoy, á la novela realista, á quien deberá la historia el conocimiento íntimo, el detalle revelador, la cifra fisiológica, las pasiones encontradas, la lucha, la agita-

ción, las conmociones de la multitud, de la sociedad, tan desconocidas hasta aquí, y que, sin embargo, son los grandes factores de la vida de un pueblo, de sus cambios políticos y sociales, de sus conquistas y de sus esfuerzos de civilización y de progreso.

El pueblo tiene vida interior, vida miserable, actividad subterránea, que se desarrolla en el silencio y en la oscuridad, sin que ningún signo exterior lo revele, y son los novelistas quienes han bajado al fondo del pueblo, quienes han acercado la luz al foco de la miseria, pintando sus depravaciones, ese organismo que ignorábamos por completo, que nos asombra y que viene formándose con el despojo de todos los tiempos.

Se acusa á la novela de inmoralidad, de pervertir las pasiones.

Si consideramos este punto, dice

Buckle, veremos que la moral es estacionaria, y si alguna influencia social cambia su giro, es por breve tiempo; es un cambio de forma, no de fondo; es decir, simplemente un cambio en sus manifestaciones externas.

Se tilda de inmoral á algo que es la vida;—inmoral, por cuanto vemos de relieve, un compuesto de miserias que escapaba á toda observación y que un puñado de hombres discutía día á día con todas sus alteraciones y cambios.

Con todo, hay fé en el progreso de las costumbres, y la historia enseña que existe un equilibrio en todas las naciones. Si en unas la sociedad decae, en otras la civilización renueva la savia agotada, y origina el triunfo de las instituciones y de las ideas.

No es posible desconocer la importancia de esta enorme elaboración so-

cial de la novela, que entregará nuestro siglo á las futuras generaciones como una momia viviente, en la cual se palpará la vida de muchos pueblos, con sus hombres y sus costumbres, y esta agitación activa del trabajo, de las evoluciones sociales que han transformado la historia, desterrando el dominio que sobre ella ejercían los predestinados de la fortuna y de la ambición, y abriendo sus páginas á la epopeya de las naciones civilizadas, cuyo único tirano es el progreso.

Decid si el que eso ha escrito no sabía y pensaba altamente.

Este trabajo fué presentado al certamen universitario con el pseudónimo MARIO.

X

LA ENFERMEDAD

PERO ya debo deciros que en toda aquella vida, hoy acabada, que en toda aquella aurora, hoy extinguida, había un fondo oscuro, una nota de pena, un verdugo: la enfermedad. Cuánto Pedro sufrió! El corazón—¡y qué inmenso que era el suyo!—le martirizaba. Experimentaba palpitaciones espantosas, ataques mortales que le mantenían siempre en la antesala de la

tumba. Por otra parte, los nervios, estos terribles atormentadores, le iban destruyendo poco á poco. El trabajo intelectual, al cual le era casi imposible sustraerse, contribuía también á consumirle. Era una frágil y debilitada organización que apenas resistió la oleada de la pubertad. El bozo blondo que había en su labio era mensajero del sepulcro. “No vivirá mucho tiempo”, pronosticó una vez un doctor amigo mío. Y esto lo decían todos. De los anagkes que Dios dejó caer en negra lluvia sobre los hombres, á él habìa tocado uno tremendo. Vivía mártir, iba al campo, á cabalgar y beber leche al pié de la vaca, á Lota, lugar regio que encantó á Sara

Bernhardt; á Viña del Mar, ciudad balnearia y de verano; y no obstante, la vida se le iba, y se tornaba anémico y sus flacos músculos no se henchían, y se iba á morir presto, ay! harto presto. La neurosis le hacía padecer con duros padecimientos. Él, en las crisis de su enfermedad, sufría insomnios, esos crueles insomnios que nos hacen desfallecer, miedos nocturnos como los que tienen los niños, ahogamientos que no le dejaban en paz. Para poder entregarse al sueño, tenían que abanicarle y al aspirar el aire cerraba los ojos tristes. Los que no lo sepáis, sabed que la neurosis, el mal del siglo, tiene muy extendidos sus dominios. Cuán-

tos artistas, cuántos escritores no sienten esa garra entre sus carnes! Alfonso Daudet tiene un libro inédito titulado MA DOLEUR. Él es una víctima del mal inexorable. Cuando escribía LA RAZÓN SOCIAL FROMONT RISLER, una noche, sintió no poder ya resistir, y creyéndose moribundo, dió la pluma á su mujer para que ella acabara el libro. Los neuróticos se sienten morir. Los neuróticos resisten la conjunción del dolor moral y del dolor físico. De la neurosis, como congoja del alma, están libres los estúpidos con su cretinismo. Esos comerciantes cacoquimios, esos rentistas con barriga de cucurbitáceos, no la padecen, no la pueden padecer.

Hallándose Pedro en Lota, hará como un año, sufrió uno de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. “Sentía,—me dice en una carta—sentía morir lejos de mi casa, de mi familia; y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca”. Cayó y le llevaron á un lecho. Le abanicaron, le descinaron la ropa, le dejaron al fin solo “con las flacas voluptuosidades de mis huesos”, dice.

Yo no le volví á ver desde á mediados de 1888. Además, acaecimientos penosos nos separaron. Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contibuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como

“sirviendo intereses políticos contrarios á los de su padre”, rápidos relámpagos de carácter, y sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir.

Pero qué importa, si tenemos que vernos en lo infinito?

XI

LA MUERTE Y LA GLORIA

EL ha muerto, y su cadáver ha sido llevado al cementerio acompañado de una muchedumbre pesarosa; sus funerales no han sido los del hijo del Presidente de la República, sinó los de un príncipe del ingenio. Si la envidia tiene cien pies para arrastrarse, como la escolopendra, la gloria tendrá cien manos como Briareo el gigante, para tejerle coro-

nas. Al caer este trabajador de la luz, adolescente como un efebo y ya glorioso, se ha oído en la región de las cumbres ideales, un redoblar de tímpanos, un resonar de cobres, un agitar de palmas.

La obra que deja es corta pero valiosa. Es un diminuto templo paraníptico dedicado á la belleza, donde se siente el eterno femenino. El mármol de vetas azules, ahí está en las columnas y cariátides. Los muros están cubiertos de arabescos, de exfoliaciones, de finísimo almocárabe, a-tauriques y azulejos. Ahí offician solo sacerdotisas, que llevan cornucopias y cestas de flores. Se siente el *odor di femina*, risas musicales, ambiente de femenili-

dad. Cerca del pórtico, las arcadas de los rosales ondulan y sobre ellas vuelan mariposas. Y ved; el amor pasa como en la rima becqueriana; el templo, gallardo en su euritmia está envuelto en sol; el triunfo de la juventud alegra la nave cubierta de sus pompas ornamentales; diríase una apoteosis de Psiquis ó de Venus; hay manzanas y granadas entrea-biertas, como la de Aubanel; la adolescencia reina; pero en medio del apogeo de la fiesta triunfal, del fondo del templo bello se oye brotar este gemido conmovedor y doliente: ¡ay! Sí, cuando leáis esos cuentos de Pedro, notad el ay!, la bruma gris de otoño, la melancolía en la alborada.

Su estilo es hijo de la lectura de autores franceses; pero sus creaciones, y sobre todo su espontaneidad y su fememilidad, son nacidos en el fondo de su cerebro al propio tiempo que en el fondo de su corazón. Su manera es artística por excelencia, y hace borrar por el colorido y la plasticidad, los límites que trazó Lessing en su LAOCOONTE. Engarza la idea, á diversas circunvoluciones de palabras que encierran luces como crisoberilos y forman períodos que ondean como banderolas. Aquí tenéis el pequeño árbol en flor; no veis aparecer tras él la cola del pavo real? Todo lo cubre con su polvo de oro; tras las jarras de alabastro cuelga mantos

de púrpura. Tiene decires kaleidoscópicos y crepitaciones del hogar de París. Leed sus cuentos, leed todo lo suyo.

—

Ya impreso este libro, he recibido el que contiene la "obra" de A. DE GUZMÁN: **FRAGMENTOS Y ENSAYOS LINGÜÍSTICOS**

NOTAS

Me ha venido de parte del padre de mi amigo, el — señor don José Manuel Balmaceda, actual Presidente de Chile.

El libro es como una caja de cristal llena de pequeños bibelots de bronce; de joyas de oro, de alfileres, de canchales, copas florentinas, medallas, esmaltes; y en el mármol, se ve la huella del cincel de acero.

A

Ya impreso este libro, he recibido el que contiene la “obra” de A. DE GILBERT: ESTUDIOS Y ENSAYOS LITERARIOS.

Me ha venido de parte del padre de mi amigo, el señor don José Manuel Balmaceda, actual Presidente de Chile.

El libro es como una caja de cristal llena de pequeños bibelots de bronce, de joyas de oro, de alabastros, de canafeos, copas florentinas, medallas, esmaltes; y en el mármol, se vé la huella del cincel de acero.

Trae la obra estudios, juicios, cuentos. Trae el estudio sobre *La Novela social contemporánea*, que yo conservo autógrafo.

El libro está adornado con un precioso retrato de A. DE GILBERT, fotolitografía de Díaz y Spencer, según creo.

No he podido menos que agradecer con toda mi alma el obsequio del Excmo. Sr. Balmaceda.

He publicado en *La Unión* las siguientes líneas :

REGALO INESTIMABLE

AL EXCMO. SR. D. JOSE MANUEL BALMACEDA,
Presidente de la República de Chile.

Palacio de la Moneda —SANTIAGO.

Señor :

Acaba de llegar á mis manos el libro de su malogrado hijo, que debo á la bondad de usted.

Cosa inapreciable es para mí, por ser obra de aquella alma brillante que tanto amé, y por venir del padre de uno de mis mejores, fraternales amigos.

Usted sabe cómo se unieron nuestros espíritus por el afecto y por el arte, cómo íbamos juntos en la labor del diario, cómo aspirábamos á lograr juntos la gloria.

Al saber la terrible noticia de la muerte de Pedro, he sufrido mucho. Me hallaba en el campo, y lleno de duelo en mi retiro, escribí á su memoria un libro, que se está acabando de imprimir en la Imprenta Nacional de San Salvador.

Con Pedro ha perdido el mundo literario un gran artista, y la humanidad un corazón dulce y bueno, hoy, que son tan raros!

Comprendo el profundo dolor de su herida alma paternal. Mas debe usted tener el consuelo de que Pedro vivió la vida de la luz y se apagó como una estrella.

Su lírico espíritu soñador que flotó siempre en la aurora, se sentirá feliz en tanto que cerca de la tumba que guarda el cuerpo

que animara, haya flores y cantos de pájaros, y su recuerdo viva en el corazón de los suyos.

Para mí, el querido compañero no ha muerto... Yo no quiero imaginarme aquella amable cabeza expresiva, pálida sobre la almohada del lecho mortuario. Yo alimentaré mi engaño, hasta que — si Dios vuelve á guiar mis pasos á ese gran país de Chile — pueda ver en la casa el gabinete vacío, el asiento en la mesa, solitario, y yo sin aquel que me diera aliento, aplauso, apoyo, consuelo, amor.

Pronto recibirá usted el libro que le anuncio, y que es una obra del corazón.

Entre tanto, soy como siempre su agradecido y afectísimo amigo.

RUBÉN DARÍO.

San Salvador, 11 de diciembre de 1889.

B

Si se coleccionasen las cartas íntimas de Pedro, aquellas en que él ponía la luz de su alma, algo de su corazón, qué libro tan precioso! qué documento humano tan admirable!

Manuel Rodríguez Mendoza, que por encargo de don José Manuel Balmaceda ha publicado el libro póstumo de A. DE GILBERT, y que le ha escrito un prólogo hermoso, sentido, vibrante, ha insertado en éste algunos fragmentos de cartas de nuestro querido difunto.

He encontrado en mis papeles

párrafos de cartas muy dignos de publicarse, á pesar del carácter familiar de muchas de ellas.

Santiago, septiembre 1º de 1887.

Mi querido Darío:

Ayer había escrito una carta para tí; pero después de escrita se extravió.

.....

Qué lindamente excéptica es tu última composición, *Invernal*! Muy superior á la anterior que me enviaste. Te doy por ella mis felicitaciones sinceras. Tú, en verdad, te inspiras con el invierno. Yo, sufro reumatismos, dolores al corazón — y no amo á mujer alguna! . . .

Un consejo, que espero seguirás con entusiasmo. Es un deseo de amigo. Puede traerte provechos de consideración. El señor Varela ha abierto

un nuevo certamen para el mes de setiembre.

1º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Becquer.

2º Un canto épico á las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio — un premio en dinero — que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: Si la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo.”

.....

Y lo hizo.

Accediendo yo á sus deseos, concurrí al Certamen Varela, en los dos temas que Pedro me indicó. Tuve la fortuna de que en el *Canto épico* me llevase el primer pre-

un nuevo certamen para el mes de setiembre.

1º Doce composiciones subjetivas, por el estilo de las de Becquer.

2º Un canto épico á las glorias de Chile.

Ya ves. Trabaja y obtendrás el premio — un premio en dinero — que es la gran poesía de los pobres.

Yo trabajo constantemente para el certamen de la Universidad.

Tema: Si la novela contemporánea podrá ser consultada por la historia. Puedo hacer un buen trabajo.”

.....

Y lo hizo.

Accediendo yo á sus deseos, concurrí al Certamen Varela, en los dos temas que Pedro me indicó. Tuve la fortuna de que en el *Canto épico* me llevase el primer pre-

mio, en compañía de mi amigo el poeta Préndez. En el otro tema no anduve tan dichoso. Mis *Otoñales* fueron alabadas . . . pero no premiadas.

He aquí fragmentos de otra carta de Pedro :

Santiago, setiembre 17, 1887.

Mi querido Darío :

Junto con esta van las *Otoñales*. En una carta de invierno, la poesía de las hojas secas.

Sabrás que el plazo fijado para la admisión de composiciones en el Certamen Varela, espira el 1º de agosto. Ojalá corrigieses las que te envío y en época oportuna me las remitas todas; que los dos, Manuel y yo, nos encargaremos de llevarlas á la Universidad.

Parece que hay mucho entusiasmo para concurrir á los certámenes. Yo sigo adelante en mis trabajos, aunque un poco lentamente, pues *La Época* me consume las mejores horas del día. Llega la noche y me siento sin ánimo para estudiar á Balzac, ó hacer disertaciones sobre Dickens.

No es lo mismo soñar, que escribir lo que uno sueña.

Esa ventaja tienen los poetas.

La musa es un jardín.

¿Estás triste? Pues señor, vamos á recoger flores! Y salen los versos, artísticas joyas y raros engastes, perfumes de Arabia y mantos de Persia, monstruos de la India y vasos del Japón.

En fin, tú creas Yo, traduzco lo que siento en mi alma.

Si supieses cómo tengo la cabeza!

Papá Gautier y tío Goncourt no me

dejan un instante. Es un pensar en la escuela realista, que según la tesis que sostendré, bajo el punto de la verdad, es la más exacta. Pero el arte! El arte, hijo mío, que nunca pisa el barro, ni pasea en las carretas de los verduleros, ni alienta en los cafés, ese lo busco en los libros, en mis cuadros, en el humo de mi cigarro; en las gotas de oporto ó de rubio jerez!

No comprendo de otro modo la borrachera. Después de una página de *MADemoiselle de MAUPIN*, el ajenjo; el ajenjo con Alfredo de Musset, con *ROLLA* y *NAMOUNA*. Sabes que con esta filosofía llego á una conclusión: de que hay ciertos libros que no se pueden leer sin vino embriagador. Para Poe, el aguardiente. Para Musset, el ajenjo. Para Becquer, el jerez de la Frontera. Para Heine no en-

encuentro un vino apropiado será el néctar de los dioses). Y para tí yo desearía uno de esos vinos tristes, melancólicos, que ruedan lentamente por los bordes del cristal de Bohemia poemas rojos, saturados de sangre hirviente y del perfume de las viñas.

Yo no bebo vino, y sin embargo mis artículos tienen un cierto olor-cillo

Encuentro en otras cartas páginas descriptivas, bellísimamente tratadas.

Con motivo de su enfermedad, hacía frecuentes viajes al campo ó á poblaciones de la costa.

De Lota, mansión espléndida que la señora de Cousiño poseé al

Sur de Chile, me escribió lo siguiente una vez :

..... y así contemplo á un lado la nota verde, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. En pleno parque de Lota! “Por aquí se entra al cielo”.

.....

Vamos! Si quisiera describirte la vegetación y la belleza que encierra esta suave colina que de pronto cambia y se interna en el mar, agria y cortada á pico por un lado, como los cimientos de un viejo castillo; y en otros toma la figura de un square inglés, declinado blandamente hasta las cercanías de las riberas; más allá im-

penetrable y oscura por las ramas de los árboles; los helechos y las madre-selvas que se abrazan á los troncos; aquí un kiosko edificado en la copa de un maitén que se balancea en el aire y produce vértigos; cerca de mí una Venus griega, una palizada formada de rústicos y caprichosos gan-chos de árboles, que encierra una me-sa de madera y unos bancos de gre-da; un puente colgante que comuni-ca dos colinas, deja ver en el vacío una elegante procesión de estatuas de bronce; una cascada que se despeña entre lianas y arbustos del cerro; una hamaca colgada de dos encinas co-lumpia á los soñadores, desde una al-tura increíble, y cuando se inclina de un lado, se divisa el mar, y el hada de los precipicios viene á besar nues-tras frentes; el corazón se oprime. Allí hay un sendero que lleva á un

pabellón turco; enormes avestruces africanos, vicuñas y pájaros de la India, se pasean en sus jaulas de alambre, mientras la atmósfera libre de un invernadero, hecho de cristales, lleva perfumes de mandrágoras, jazmines, camelias y heliotropos. La laguna tiene cisnes, y piraguas indígenas del Cabo de Hornos. Una fuente de porcelana de colores azulados, como los relieves de la Alhambra, anuncia la proximidad de un criadero de helechos; allí crecen, se estrechan, se ahogan, se confunden y se enamoran las hojas caprichosas que viven en las quebradas, los finos encajes verdes de las islas del Cabo de Buena Esperanza, la ramazón fuerte y vigorosa de los canales de Smith, la pelusilla ténue de las laderas de Escocia, los ramos esponjados de las riberas del Rhin y las enredaderas perezosas de

nuestras cascadas. Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca, y los griegos modelados de los jarrones satíriacos...

Yo tengo aquí entre las cejas todas las impresiones que he recibido, revueltas; me han tomado de sorpresa y estoy medio ciego.

Dejaremos que el arroyo se aclare, y entonces te vaciaré mis apuntes.

Vivo en un costado del parque, en la casa de la Administración. Da al mar, por el lado de los establecimientos de fundición, la fábrica de ladrillos, la bahía, los muelles y los vapores de chimeneas rojas. A un lado, los caprichos de una mujer; al otro, la pujanza y el trabajo emprendedor

de un hombre. Aquí, el oro que brota; allá, el oro que se derrama y se gasta. Aquí, la vida; allá, la fortuna que se pierde.

Se está construyendo una nueva casa. Es un palacio-castillo, por el estilo del castillo de Chantilly. Costará 300,000 pesos. Qué tal?

Los diarios me dicen que has lanzado la circular para el ROMANCERO. Me alegro. Es una obra que tiene buen viento.

Otra página de verdad, de colorido y de gracia aristocrática:

Viña del Mar, 22 de enero.

Mi querido Rubén:

Aquí me tienes con nueva perspectiva azul, muy cerca del mar, pero muy lejos de Europa . . . nuestra Europa . . .

Esta vida de los viajeros es encantadora. Hacía mucho tiempo que no sorprendía un número mayor de asuntos de artículos, dibujos á la pluma; sobre todo ese ambiente espacioso de la campiña, que satura los pulmones y hace revivir el espíritu amortiguado. Me siento feliz. Me siento tranquilo.

A las 5 y media en la estación.

Observé una novela.

Esos saludos de última hora, esos halagos, esos encargos repetidos en alta voz, entre carcajadas de bocas jóvenes, y la tos seca de un barbudo caballero.

Por aquí llega un carro cargado de bultos:—Cuidado! Den lugar!—dicen los de los gorros lacres, y pasan, mientras el chirrido de las ruedas se confunde con los silbos agudos de una locomotora.

En los bancos, algunas señoritas vestidas de brin, altas, bien entalladas. Pasean de vez en cuando á lo largo de la ancha plataforma.

Aquí pasan sombreros raros; allá velos que flotan, maletas, canastos, y al pasar rápidamente, se divisan esos tipos trashumantes, perfilados con tinta china, como una caricatura de Gavarni, parientes todos del Padre Goriot ó del abuelo de Eugenia Grandet.

Te recuerdo que cuando desees rectificar y confrontar los retratos á la sepia del maestro Balzac, observes una estación de ferrocarriles.

Por fin, el conductor palmoteó, dió un silbido, se oyó gran algazara entre los pasajeros que cerraban estrepitosamente las puertas, y después de soltar la locomotora de su gran capucha de bronce un piteo estridente, dejamos la estación.

Muy luego perdimos de vista las calles, que cruzaban rápidamente como las vistas de un kaleidoscopio, y penetramos en el campo abierto bañado por el sol, y extendido, sembrado de manchas verdes; los cerros encorvados, en posturas lascivas, ostentaban todas las sinuosidades de fuertes músculos de gigante.

Atrás, atrás! Todo pasa, todo queda en el camino, y sigue, y sigue el tren, como un poema de Campoamor, filosofando *à la minuta*, haciendo pensamientos rápidos y decepciones de un segundo.

Leía GUERRA Y PAZ, de Tolstói. Cerré el libro, pues la tarde se dormía y ya no había luz.

El campo tenía luces cenicientas; una verdadera acuarela hecha con pintura de crepúsculo.

Pronto, negro. Negro como el de

los grabados de Gustavo Doré en el INFIERNO; negro, bien negro, todo hecho de sombra.

Las montañas tienen siluetas de castillos almenados, de palacios que aguardan la magia del desencanto.

Más allá... mucho aire, aire impregnado de menta y de genciana, aire que hace reír las enfermedades.

Mi abuela, en la puerta de la casa, nos recibe con los brazos abiertos. Sin orgullo te digo que me quiere mucho...! Tú conoces nuestro nido. Es aquel chalet con muchos árboles, muchos jazmines, muchos heliotropos, de esos que enferman la cabeza. A la hora de acostarme, ráfagas de las flores llegaban á mi cuarto. Pícaras! Eran las *flores difuntas* de los pasados amores... Yo sentía un mundo viejo; tenía entre mis manos

un libro borrado por el tiempo y que mis ojos se entretenían en descifrar aspirando su soplo de pasión. Uf! qué impresión tan triste, tan ridícula, dejan las mujeres cuando pierden el traje de la ilusión!

Las ninfas sorprendidas por los sátiros, deben pasar al templo de las bacantes.

En este momento solo siento el recuerdo de mi amiga R . . . y de mis compañeros: de tu amistad.

Tengo conmigo á Heine, Saint Víctor, Tolstõï, Goncourt y otros más. Mira qué corte! Ni Luis XV.

Tal vez te mande una cõrrespondencia. Salud.

PEDRO

Ya veis si tendré razón de dedicar á la memoria de A. DE GILBERT este libro de mi alma.

Es el pago de una sagrada deuda.

C

En una semblanza publicada en *La Tribuna* de Santiago por Eduardo Poirier — Eduardo era también de la intimidad de Pedro, y es uno de los rarísimos corazones grandes y nobles que en mi vida he encontrado — he leído lo siguiente :

“Era consecuente y firme en sus afectos.

— ¡Rubén es un ingrato! decíame hace poco, ¡pero tiene tanto talento!
Y no dejaba de ser justificada la queja de Pedro, pues el poeta centroamericano que ha cuatro meses aban-

donó nuestras playas, no ha dado hasta hoy noticias suyas á los amigos que aquí dejó y que me las están continuamente pidiendo.

Rubén Darío fué en Chile uno de los jóvenes literatos por quienes más cariño y simpatías tuvo Pedro. Y era ello en cierto modo natural, porque había entre ambos afinidades de temperamento y de gustos artísticos.

Recuerdo que hace pocos meses, cuando asociado á unos cuantos amigos de Rubén y admiradores de sus producciones, publiqué la edición de sus cuentos y versos AZUL, decíame Pedro, á poco de haberla leído:

— Mi querido amigo, ¡ cuánto siento que mis dolencias me impidan escribir sobre AZUL! ¡ Qué artículo tengo en la cabeza!

A la sazón hallábase apenas conva-

leciendo de uno de los ataques de su traidora enfermedad.

¡Y qué hermoso juicio crítico habría dado Pedro á la estampa, como lo hizo cuando la publicación de *ABROJOS*, libro al que A. DE GILBERT dedicó una de las más bellas páginas que sobre letras se hayan publicado!

Estamos ciertos de que mucho antes de que las presentes líneas lleguen á poder del poeta de Nicaragua, éste habrá sabido cumplir con su noble amigo haciendo llegar hasta su recién abierta tumba su ofrenda cariñosa bajo la forma de doliente y sentida melodía fúnebre”

Rubén es un ingrato . . . se olvida de los amigos . . . No escribe . . . Sí, todos, ó casi todos vo-

sotros, mis amigos, os quejáis de mí, con harta justicia al parecer.

Sed indulgentes. Si os asomáis al fondo, veréis claridad.

Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano por verdaderas tristezas; guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor. No seais injustos. Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del váhido siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy en el mundo, por un

camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil

San Salvador, 12 de Enero de 1890.

ÍNDICE

I.	A. DE GILBERT	3
II.	HISTORIA DE MIS ABROJOS. . .	15
III.	PEDRO EN LA INTIMIDAD	25
IV.	EL ARTISTA	37
V.	UN AMOR	53
VI.	AT HOME	59
VII.	SUS AMIGOS	67
VIII.	RECUERDOS	75
IX.	ESCUELA LITERARIA	85
X.	LA ENFERMEDAD	167
XI.	LA MUERTE Y LA GLORIA	175
	*	183
	NOTAS	185

*Este libro
se acabó de imprimir en San Salvador,
el treinta y uno de Enero
de MDCCCXC,
en la Imprenta Nacional.*